# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLVI — San José, Costa Rica — 1950 — Miércoles 1º de Febrero — No. 4

Año XXX — No. 1103

## La indisciplina de RICARDO PALMA

Por *Luis E. AVILES*

(En el *Rep. Amer.*)

Regustando de nuevo unos que otros no muy añejos números del acreditadísimo *Mercurio Peruano*, hubimos de topar con aquellos de treinta años ha. Por ellos es esparcen muy dignos, sí, y por ende, meritísimos encomios consagrados al Maestro Don Ricardo cuyo fallecimiento a la sazón acaecía. Y en calidad de solemne panegírico —homenaje cálido, armonioso, brillante que exigían su alteza espiritual y su renombre— ríndese el tributo merecido y hácese conciencia de que fué Palma "el primero de su siglo literario y artístico".

Particularízase en uno de estos tributos: "Palma se revela en sus *Tradiciones* criollo auténtico, indisciplinado, enemigo de la autoridad, irreverente en cuestiones religiosas, oposicionista por temperamento, malévolo y gracioso... Como criollo legítimo le tiene odio jurado a la autoridad, llámese ésta: monarca español, virrey, audiencia, corregidor o presidente... Sus simpatías son siempre por los rebeldes... Sus críticas a la autoridad tienen cierto sabor de periodismo de oposición... Nadie tampoco más amigo del alboroto y del tumulto que el tradicionista. Aunque en la Colonia no hubiera partidos políticos, ni revoluciones, él se encarga de abultar el menor conflicto administrativo, social o eclesiástico y de dividir la opinión en bandos inconciliables... Limeño empedernido se afilia siempre al bando criollo, como que sabe que éste será más tarde el de la Independencia..." (1).

Prosigamos, pues; mas antes conviene elucidar inconcusamente tal cual punto a manera de preámbulo. "Hoy y siempre, el mismo escrito fué diverso en manos de cada lector". Aducimos este dictamen de Icaza (2) para substanciar lo que sencillamente en nuestro caso nos proponemos: presentar escolios y pormenores, a nuestro juicio pertinentes, anotados al margen de las *Tradiciones* de Ricardo Palma (3). Muy prevenidos quedamos, empero, ante la censura con que el cervantista aludido venialmente zahiere a los intencionados glosadores de *El Quijote*, quienes, por veredas desdeñables se dan a leer entre líneas atribuyéndoles un significado oculto e independiente del inmediato y ostensible. No intentamos, pues, ir a la búsqueda ex-profeso de tal o cual asunto donde no lo hubo para deducir generalizaciones caprichosas y en su totalidad ajenas a los designios del informante de la obra en cuestión. Sostenemos, por otra parte, que a nuestro parecer, cuando se discuten críticamente las *Tradiciones*, se prescinde de presentar de lleno la premisa que ahora formulamos: Menudea Palma en su obra copiosísimas reflexiones y razonamientos varios, los cuales, si coaptados en concatenación lógica traslucen un mérito singularísimo y un bien definido hilo de lo que amplísimamente podríamos llamar su filosofía en materias políticas,



*Ricardo Palma*
(Visto por *Juan Carlos Huergo*)

sociales y religiosas. Y decímoslo aun aceptando de congruente y muy plausible la observación de que Palma no había nacido para apasionarse por ideas abstractas, ni se dió el trabajo de ahondar en las doctrinas sociales, ni de armonizar sus sentimientos con sus principios (4). Mas, estos visos a disquisiciones especulativas son los que precisamente revelan la ya aludida indisciplina, el acérrimo oposicionismo a ciertos rancios aspectos de órdenes establecidos y tenidos de inalterables. Lo cual no ha de tenerse de pecaminoso ni vitando, ni de irreverente esta actitud en quien siempre llevó el gesto risueño y una espiritualidad inmensamente inconfundible. Sostenemos de incontrovertible, pues, la conclusiva de que Palma, conocedor de la proscripción y del infortunio, de enemistades gratuitas, desengaños y dolores íntimos, de profunda y sólida lectura, acertó a *filosofar* que diríamos en lenguaje lego. Reflexiónese, por ejemplo, sobre las siguientes versos:

*Tantas en presente crudelísimas,*
*amargas decepciones coseché,*
*que, a escribirlas, el alma por la péñola*
*gota a gota destilara hiel!*
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
*Y para enmascarar mi pobre espíritu*
*recurro de la broma al antifaz.*

(Tradiciones, II, 17).

Los sendos estudios y artículos que sobre las *Tradiciones* hemos consultado, muchos de ellos recopilados e incorporados a manera de prefacios críticos en ediciones varias, dedícanse con suma eficacia y ardor a enaltecer la meritoria y encomiástica labor del gran tradicionista que fué, en síntesis: la dirección y reconstrucción de la Biblioteca Nacional, fundación de la Academia Peruana y el máximo propulsor del desarrollo y realce de las letras patrias. Entrase también, en disquisiciones sobre materias de lenguaje y estilo, discusión que el Maestro mismo origina por su magistral manejo del arcaísmo: la lengua del Siglo de Oro y otros quilates que le acercan íntimamente a los grandes ingenios de la picaresca española.

Enjuician entre otros Darío, Valera, Riva Agüero. Menéndez y Pelayo prescinde de él por aquel prurito suyo que le pedía el decoro literario de no historiar a los autores vivos (5). Unos severos, como Blanco Fombona, quien machaca sobre la deuda de Palma a los Feijóo, los Isla y los Quevedo (6); y por ende, Andrés González Blanco quien, en su *Escritores Representativos de América* recrimina en tonos desjuiciados: "Casi siempre lo que nos viene de América es el calco o el remedo de nuestras obras; de ahí tal vez, provenga nuestro escaso interés por los libros ibero-americanos. No queremos parodias de nosotros mismos, ni figurantes que se disfracen con nuestros propios trajes. ¿Para qué habríamos de leer a Ricardo Palma? En cambio, buscamos, leemos, admiramos a los espíritus rebeldes, a los escritores originales que ha producido América" (7). Y nosotros en respuesta argumentamos con Gonzalo Bulnes: "Palma debe ser leído por cuantos tengan interés en el cultivo y desarrollo de las buenas letras en América" (8); y con Valera, "para que se comprenda en qué consiste ser un escritor original y de nota", no de fama efímera, cual la de otros, "sino muy duradera" (9). Pero basta. Relégese al olvido la crítica negativa y zoilesca que se contrae a personalismos. Mucho tiempo ha el Maestro mismo anticipó una muy cuerda reflexión: "La primera condición del que se mete a crítico... debe ser la buena fe. Faltando ésta, el crítico se convierte en necio de caporazón y gualdrapa, como dijo Quevedo" (10).

Hase asegurado que creación indígena sin precedente no se dan en la literatura; que existen las ascendencias como en el proceso biológico: imitación, consciente o inconsciente. Niégase la estricta autoctonía e impera la trascendencia y universalidad de la imitación. A este respecto dícenos Asín Palacios en su introducción a *Disertaciones y Opúsculos* del docto arabista Julián Ribera y Tarragó: "el fenómeno de imitación observado en muchos órdenes de hechos humanos, individuales y sociales, es tan trascendental, que permite considerarlo como principio universal que rige la vida entera de la cultura y de su transición y progreso (11). También la Pardo Bazán expresóse en estos términos: "En cuanto a la literatura, no

hay generación espontánea: todo libro nace de otro libro y toda idea de otra idea (sin detrimento de la verdadera originalidad, que consiste en el carácter individual de las obras") (12). Acentuamos este paréntesis de la Condesa y hacemos eco con aquellos que substanciadamente señalan los inconfundibles quilates de originalidad en las *Tradiciones*, género, en nuestro caso, único, y que, "como todas las cosas ingenuas y volátiles, no cabe en el casillero académico de una definición" (13) pese a la bien intencionada solicitud con que se trata de analizar la obra del Maestro.

Aceptamos, sea discutible o no su finalidad verídica que todo obra de arte lleva en sí algo fundamental que transparenta y delata el carácter y personalidad de su creador. Y en esto concurrimos: en aprobar la confidencia de Eckermann al genio de Weimar, de que en toda producción literaria hallamos síntesis y reflejo de la actividad armónica de las facultades psíquicas del que la engendra. Otro tanto podría opinarse con Unamuno, y con Valera para quien en materias literarias "es falso que el autor se eclipse. Su personalidad informa siempre el libro que escribe", y el espíritu del creador sea cual fuere, se infunde en la obra "aunque él no lo pretenda, aunque él no lo quiera, aunque procure evitarlo" (14).

Si observamos: Don Ricardo, usted de vez en cuando nos filosofa a manga ancha; encontramos salpimentando aquí y allá su obra minúsculas frases que nos revelan cierta escondida hostilidad, cierta indisciplina irónica más bien sincera que incisiva y malfaciente, es, porque muy palmarias, aunque a primera vista imperceptibles, así las encontramos en las *Tradiciones* suyas. Usted nos advierte: "Va mi pluma a permitirse un rato de charla y moraleja". Bien. Pero tras esa sonriente y desenfadada cháchara y bajo la capa de un buen humor agudo y abundante, percibimos ciertos asomos que fotografían en nuestra experiencia particular, en nuestra sensibilidad de lector, la personalidad suya. Percatamos que en ocasiones, y muy a la ligera, sin abandonar usted el tono de narrador y sin llegar a la gruñona monserga moralizante del predicador gazmoño o santurrón, nos provoca a pensar con algo de su naturaleza reflexiva.

Ya en 1878 Domingo Vivero señalaba en *Verbos y Gerundios* un punto que campea en la mayor parte de las composiciones de nuestro cronista: "la sátira, culta y delicada, con que flagela el vicio y los malos hábitos, ya sean sociales o políticos y la amarga ironía con que se burla de pomposos y no realizados programas" (15). Y es que su fisonomía moral, su entereza y honradez espiritual no puede menos de rebelarse contra tales empedernidas circunstancias: repugnante miasma incontenible que ha pervivido en la sociedad de los hombres. Cúmplenos aquí traer a colación el decir de Unamuno: "sólo en obras de autores mediocres no se nota la personalidad de ellos, pero es porque no la tienen. El que la tiene la pone dondequiera que ponga la mano, y acaso más cuanto más quiera velarse" (16). Por eso, cuanto más se trasluce la indisciplina en su obra, tanto más gana en serenidad de temple la mentalidad de Palma. Según lo hace constar Cisneros, "ni las persecuciones, ni las enemistades gratuitas ni los dolores íntimos, nada ha podido debilitar la fe de su alma, la valentía de su palabra, la energía de su pluma" (17).

Leídas que sean con cariño las *Tradiciones*: después de saborear su criollismo espontáneo, socarrón y salpimentado, columbramos que Palma, sin abandonar el tono de narrador, injerta en el seno de la intimidad y en el decurso de su charla, exaudibles ideas, discriminales y suscintas sentencias, "...reflexiones que apenas arañan, y sin embargo, el rasguño es más hiriente que una lanzada" (18).

"La época del coloniaje, dícenos Palma, fecunda en acontecimientos... es un venero poco explotado aún por las inteligencias americanas. Por eso... cada vez que la fiebre de escribir se apodera de nosotros... evocamos en la soledad de nuestras noches al genio misterioso que guarda la historia del ayer de un pueblo que no vive de recuerdos, ni de esperanzas, sino de actualidad... en América la tradición apenas tiene vida... Sea por la indolencia de los gobiernos en la conservación de los archivos, o por descuido de nuestros antepasados en consignar los hechos, es innegable que hoy sería muy difícil escribir una historia cabal de la época de los virreyes" (19). Y por remate, añade:

*Hacer yo me propuse populares,*
*hechos nada vulgares,*
*y exhumando esqueletos de difuntos,*
*a destajo hallé asuntos,*
*para sacar del historial osario,*
*ya un tipo estrafalario,*
*ya una dama gentil, ya un hombre digno,*
*o ya un quidam maligno.*
*Cuantas de bocas de locuaces viejas*
*pude escuchar consejas,*
*y cuantos en papeles, ya amarillos*
*encontré chismecillos,*
*tantos fueron soberbios argumentos*
*para hilvanar mis cuentos...*

A juzgar por lo transcrito, y por aquello de:

*Huyendo de un presente que el genio esteriliza*
*Mi templo es el pasado, mi altar la tradición* (20).

cábenos deducir que en Palma yace el sentido del tiempo en consecuencia ilógica: tendencia manifiesta hacia el ayer. Cuádrale al ilustre limeño lo de Azorín: "Vivir es ver volver. Es ver volver todo en un recuerdo perdurable, eterno" (21). Apuntemos. Cabe esta interpretación desde luego, sólo en la esfera del pensamiento, en las reconditeces del corazón donde bien pueden latir, evocadas y transformadas por nuestra voluntad, remozadas con mayor limpidez y en férvido apogeo, añoranzas y experiencias de los días pretéritos. "Literariamente, dícenos Palma, tengo la manía de vivir en el pasado; el ayer es siempre poético; es una especie de sol al que apenas se le ven las manchas porque está muy lejos (22). Vivir es más que recordar para el Maestro: es no dejar morir "un pasado apreciable, lleno de misterios y de secretos escrutables para la ciencia histórica, lleno de grandezas y de tragedias, de leyendas y culturas diversas, es decir, con todo lo que significa la raigambre honda en el tiempo y en el espacio de los pueblos con contenido substancial y que son, por tanto, advenedizos en la evolución lógica de la humanidad" (23).

Leyendo a Palma, reiteramos, se desprende en nosotros una sutil emoción; nos cerciora-

---

## Orgullo del dolor

(En el *Rep. Amer.*)

Tengo una pena negra y profunda, pero mía.
Un dolor sacrosanto donde nadie más cabe:
algo como una rara y sutil misantropía
que yo llevo en el alma aunque nadie lo sabe.

Dentro de mis fronteras yo libro mi batalla.
Violentas sensaciones sacuden mis entrañas
y hay un brote de angustia que se yergue y estalla
para llenar mi vida de emociones extrañas.

Es algo de mí mismo que sólo yo he sentido.
Dolor de mi presencia en las cosas del mundo;
heridas en mi carne; sangre que yo he vertido;
polvo de los caminos en mi pie vagabundo.

Y yo reclamo el goce terrible y tormentoso
de mi dolor inmenso, sagrado y exclusivo:
es mi parte, intocable, de este mar proceloso
del mundo en que me muevo y la vida que vivo.

¿Quién como yo —¡oh angustia de mi existencia inquieta!—
retorcerá sus brazos, ardientes, temblorosos?
¿Quién clavará sus uñas, con ansiedad de poeta,
en los alados sueños que vuelan presurosos?

Y bien...! Sólo yo puedo marchar por mi camino!
De tánto hollarlo siento que empiezo a amarlo un poco,
como si en la violencia que me hiciera el destino
hallara yo el remedio de ser sabio y ser loco.

Dolor que es mío, entero: para mi propia vida.
Que sólo yo conozco, porque a mí me fué dado.
Orgullo de llevarlo, dentro de mi medida,
muy adentro, en el alma, escondido, callado...

San José de Costa Rica,
Diciembre de 1949.

*Román JUGO.*

mos de su sentido enternecimiento "por los recuerdos poéticos de un pueblo que en cada piedra y cada nombre esconde una historia, un drama, una tradición". Corróele flexible y delicada nostalgia al echar de menos realidades del ayer que el espíritu del Maestro deléitase reviviéndolas, sirviendo así de trasluz y cauce por donde se perpetúan señaladas influencias del pasado. Porque en ese pasado se hallan los caracteres típicos y diferenciales del alma americana. Yo no siempre en medio de holgadas circunstancias puede el ávido rebuscador arrancar su ofrenda al pasado, mas chamuscándose las pestañas al calor del lamparín para así cautivar la atención del pueblo adornando con las galas del romance toda narración histórica. Al levantar las mustias telarañas de polvorientos cartapacios; al revolver rancios pergaminos respirando polvo y polilla, obra en el paciente hurgador una inversión de perspectivas, ilumina su objetivo una sensibilidad comprensiva para que cobren forma y movimiento, hombres, pasiones, acontecimientos, que yacían sepultados en escondrijos y recovecos de la tolnavera del ayer. "Oh, nos dice, dejadme vivir eon las fantásticas o reales memorias de otra edad!" (24). Ansia, pues, en Palma, de perder toda sensación de actualidad para dar cabida a un vibrátil pasado, resurrecto, audaz, tornado a la existencia en todas sus consecuencias. Trasvuela al ayer, rasga el velo de lejanía que le encubre; transpórtase a través de los siglos olvidado de su personalidad y su momento, para hacer gravitar íntegro, para que cobre vida, relieve, la interminable procesión de hechos y de cosas de nuestro coloniaje. Armoniza su paso al compás del ritmo del coloniaje ambiente y, dialogando con las almas, perviven en espectáculo inmediato las sucesivas variaciones le la existencia en otros tiempos con maravillosa gama de matices. Surge esta poliforme cabalgata porque "la visión prodigiosa de Palma ha levantado el espeso velo convencional con que se ocultaba la historia interior de la Colonia, a través de los discretos y solemnes escritores del virreynato, y ha hecho surgir desnuda, tremulante, el alma de la Colonia viviendo su verdadera realidad, dominada por tres sentimientos fundamentales: el de su vida social, sentimental, voluptuosa y opulenta, dada a los goces y a la despreocupación y sacudido a la vez por intensas y trágicas pasiones; el de su vida religiosa, ardiente, imperiosa y magnífica, y el de sus luchas y sus discordias, que bajo la apariencia de inmovilidad de la Colonia, agitaba a los conquistadores, los españoles, y a los criollos, atravesaba los muros de los conventos, de los capítulos, de las elecciones religiosas, universitarias, civiles; choque de disputados intereses y ambiciones, que incendiaban las almas y que dividían a los hombres" (25).

Hay en don Ricardo algo más que un insurgente del presente y un temperamento arqueólogo. Tenemos una sensibilidad que, salvando distancias y a fuer de admirable reconstrucción artística, impone de nuevo, ora lo que brotó en una lontananza legendaria y fantástica, ya las realidades definitivamente transcurridas:

*Virreyes, damas, frailes, caballeros,*
*y ricos pecheros*
*mostraron como en caleidoscopio,*
*traje y semblante propio.*
*Y ellos y yo charlamos sin lisonjas*
*ni escrúpulos de monjas,*
*y quedó toda su alma y su existencia*
*para mí en transparencia...*

El ansia de sobrevivir en tiempo y en espacio, que diría Unamuno, encuéntrase en Palma en razón inversa: ansia de antevivir en tiempo y en espacio:

*Fué mi embeleco desde que era párvulo*
*más que en el hoy vivir en el ayer...* (26)

El vitalismo de nuestro autor, vitalismo que lógica e indefectiblemente debe proyectarse en lo venidero, "maldiciendo del presente y poniendo por las nubes el ayer", busca las sensaciones en un pasado donde se vivía a mil leguas del progreso. Las sucesivas e innumerables facetas del presente parecen no imponer su fisonomía ni despertar en él afinidad. ¡Cuánto mejor vivir en los tiempos que fueron!

*En lo que se halla lejos, un magnético*
*hechizo siempre encuentra el corazón*
*más bello que del alba el arrebol...* (27).

Esclavo del tiempo, dará realidad de presente al pasado, empero, por más cerca que llegue nuestro hombre a los tiempos pretéritos, su ánima contemporánea, la especie del presente, reabsorberá el pasado, sí, mas éste será siempre un pasado, y él, permanecerá siempre entidad actual. "Pícara sociedad, nos dice, que ha dado en la maldita fiebre de combatir las preocupaciones y errores del pasado! ¡Perversa raza humana que tiende a la libertad y al progreso, y que en su roja bandera lleva impreso el imperativo de la civilización: ¡adelante! ¡adelante!" (28). La consciente revivificación de los valores vitales del ayer no puede menos de producir un choque con las sensaciones de actualidad. De aquí surge, se escapa inevitablemente, en socarrona seriedad, la indisciplinada frase hiriente y el insubordinismo de nuestro autor. Porque, como ya lo expresó de Hostos "en el fondo, las aparentemente ligeras tradiciones del Perú, son, por la fuerza virtual del pensamiento que las une, una obra concienzuda de patriotismo... donde realmente es admirable la adecuación del lenguaje y estilo imitados, a la época y vida social que se imitaba" (29).

Unamuno ha dicho a su España: "tenemos que chapuzarnos en pueblo". Palma, por razones muy diversas parece decirnos: tenemos que empaparnos en tradición, tradición que yace hipertrofiada por la abulia de nuestros contemporáneos. Y recrimina: "pero hijos legítimos de España, no sabemos conservar, sino destruir" (30). Empero, este empeño de renovación de la edad de los virreyes, este afán de embellecer y rehabilitar poéticamente estos añejos tiempos, no han dejado de producir reacciones varias. Blanco Fombona le interpreta de "españolizante retardatario que se propuso conservar el recuerdo de la dominación, sintiendo la añoranza de las cadenas y la nostalgia del rebenque". ¡Claro está! Comprenderáse el por qué del resquemor en este enjuiciamiento si se tiene en cuenta que fué hecho "para corresponder a las acotaciones que él (Palma) puso... al margen de algunas obras mías en la Biblioteca Nacional" (31). De Hostos, tras confesar que ha leído las *Tradiciones* con un dejo de tristeza en el espíritu, opina que son en parte "la resurrección artística de un pasado social tan sin base, que no ha podido servir de asiento firme y seguro a la nueva generación que vino en pos..." (32).

Escritas fueron las *Tradiciones*, huelga señalar, en diversas épocas, algunas de ellas fruto de muy maduro pensar a medida que se avanzaba en las exhumaciones históricas y el análisis del misterio del coloniaje. Y esto nos lleva a presentar, sin dar exhaustez al tema, ciertas tendencias de positiva indisciplina e insubordinismo que se traslucen en la obra del Maestro, y que pueden circunscribirse dentro de los órdenes social, político y religioso: religioso, sí, pero en lo que incumbe a formalismos y dogmas de varias especies. Repetimos que no buscamos sistemas especulativos en nuestro cronista, ni fórmulas especiosas de tal o cual laya. Cabe, empero, la certeza de que Palma, sin necesidad de profundizar o sistematizar, alcanzara a revelar esa filosofía general, fina, profunda y sana muy propia de espíritus selectos: vidas plenas de ricas experiencias y cultura, "que nunca se habrían perdonado consentir con el silencio que se justificase lo absurdo y lo monstruoso" (33).

Los pueblos, arguye Palma, a medida que la civilización avanza, se estigman con los resabios y dobleces que son obligados cortejos del progreso; corróenles innúmeras perturbaciones sociales donde el individuo habrá de degenerar en el raquitismo social llamado *turba*. De manera que el Gobierno no estará exento de conmociones político-sociológicas que bien pudieran subsanarse mediante la educación y sabia dirigencia de las masas. Pero desafortunadamente, la política es candente arena donde se envenena el alma y se matan las ilusiones y el entendimiento. Allí todo es un pandemonium de ideales absurdos y decepciones (34). Lo que se entiende en América por política, redúcese a politiqueo, según el Maestro. Del monopolio que hacemos a las rimbombancias surgen las mentiras políticas, y con ellas se repite la eterna historia de la bola de nieve que empieza por un copo y, rodando, rodando, termina por un cerro (35). Nuestro de Hostos elucidó irrefutablemente sobre esto en su *Tratado de Sociología* definiendo: "El politiqueo es simple y sencillamente la costumbre de chismear llevada a los asuntos de carácter público... Ello es que la ignorancia de todos sirve perfectamente al encumbramiento de los pocos que se dedican a embrollarlo todo con el objeto de ser ellos los árbitros de la vida general (36). Consecuencia que señala Palma de este disparateo de parte de los hombres públicos es el hecho de que aun el prójimo más ignorante en ciencias políticas y administrativas se cree muy capacitado para hablar de ellas y emitir inapelables fallos y hasta para ser ministro, gobernar al país y arreglar la hacienda pública (35). ¡Y aténgase usted a garantías...! "Yo no sé qué diablos, prosigue el Maestro, tiene esa maldita batea que se llama Palacio. No hay tela que resista al primer restregón sin descubrir la mala hilaza. A poco de manejar su señoría el portafolio, declara esta señora opinión pública... que en tan cacareado *él* no

había ni ilustración, ni talento, ni patriotismo, ni independencia, ni honorabilidad, ni nada, ni nada, ni siquiera tipo de buen mozo" (38).

Incluye Palma en esta bullanga de falsías, pretensiones y embrollos, a los que pudieran considerarse como forjadores de revueltas, vicios, picardías y toda suerte de atrocidades, con lo cual se perderá absolutamente la fe en la justicia. Porque un gobierno de tal laya se regirá por una constitución a la cual se jura por las promesas de archifelicidad de su primer ejecutivo. Empero, la magna carta creada para el bien del pueblo, será llevada a puntapiés y se anularán las garantías individuales. Apunta también el hecho incontrovertible de que en ningún ramo se ha hecho sentir tanto la inestabilidad de nuestra manera de ser social y política como en el ramo de la instrucción pública, formulándose para ella tantos programas y leyes que no hay cómo entenderse. No son leyes las que faltan sino decisión de las autoridades para cumplimiento de las que existen. Basta con hacer justicia sin moratoria ni humillaciones, porque dentro de nuestro credo democrático, la igualdad humana es absoluta, y no cabe otra superioridad en la vida republicana que la que crea la honradez, la inteligencia y el trabajo (39). Y para finalizar este aparato, cabe aplicar, parécenos, aquellos que el mismo don Ricardo dijo de uno de sus personajes: que no volvió a meterse en belenes de política y murió cristiana y tranquilamente si bien desencantado de la patria, de los patriotas y de los patrioteros.

Cuéntanos Gracián en su *Criticón*, que hallándose Critilo y Andrenio en la jaula de todos, uno de sus moradores prorrumpía en palabras de este tenor: "Señores míos, ¿quién puede vivir contento con su suerte? Si es pobre, padece mil miserias, si rico, cuidados; si casado, enfados; si soltero, soledad; si sabio, impaciencias; si ignorante, engaños; si honrado, penas; si vil, injurias; si mozo, pasiones; si viejo, achaques; si solo, desamparos; si emparentado, pesares; si superior, murmuraciones; si vasallo, cargas; si retirado, melancolías; si tratable, menosprecio: ¿pues qué ha de hacer un hombre y más si es persona? (40) Habla aquí una víctima propiciatoria sumergida en un pesimismo sin salida. A medida que nuestro Palma envejece parece ahondarse en las dudas y las preocupaciones del espíritu. Ha experimentado, nos dice, esa sensación cuando "los desengaños y el sufrimiento envuelven el alma como en un manto de nieblas", "cuando ya no se sueña con idealidades, cuando se cree poco y se espera menos". "Las nieblas de mi espíritu, continúa, han tomado el colorido de indecisas, misteriosas, sombrías, como las del horizonte infinito" (41). Corren por las *Tradiciones*, según veremos, frases muchas que darán validez a estos sentimientos de Palma, y estas ideas las interpretaremos como rasgos que acentúan ciertos contornos de su fisonomía moral. Revelan un momento de latente inquietud.

"Ingrata es la humanidad y olvidadizos los pueblos". ¿Y el individuo? Aun los seres más virtuosos obran con ingratitud. Añade: "Dios hizo al hombre bueno; pero parece que su Divina Majestad echó heces cuando creó la humanidad... El hombre instintivamente se inclina al bien; pero las decepciones evenenan su alma y la vuelven egoísta, es decir, perversa". ¡Desesperante condición de los humanos! Y quien estudie y conozca a los hombres, ¿habrá por necesidad de caer en este pesimismo? No hay equidad entre ellos. Dos intereses que sirven de vínculo entre los humanos —el amor y la amistad— ¿qué son? El uno: explotación, el otro, simple artículo de comercio. Aclaremos. Porque nuestro cronista no va tan lejos en su negación. También ha dicho: "La juventud sin amor es como una fuente sin murmullo. El amor es para esa edad de la vida lo que el aroma para la flor, lo que el azul para el cielo. Quitad a la juventud ese divino fuego y la habréis arrebatado su fe y convertido para ella el mundo en un espacio infinito donde reinan tinieblas". Cree que no debe supeditarse la voluntad de las hijas a la de los padres en la elección de esposo; y para la institución del matrimonio nos formula diez mandamientos llenos de aliento y sabia dirección en la fidelidad y el compañerismo, especialmente cuando lo amenaza la plaga social llamada soltemones. Pero, el Maestro continúa. Si necesariamente ha de vivirse entre los humanos, harto difícil será hallar en quién confiar. El pobre quedará siempre solo, viviendo bajo la sombra de larga y estrecha vida. Según Palma, los casuistas sostienen que donde hay penas y desventuras, allí está Dios. Arguye el Maestro que la doctrina es consoladora pero que a la mayoría de leos que padecen no les hace gracia. Téngase dinero, única y mejor piedra de toque en las relaciones humanas, y conquistar se ha. Cuídese de él, porque en faltando este medio tan codiciado y máximo en las horas negras de infortunio, se nos huirá como a peste (42).

"Cuando el colmo de nuestro compadecimiento nos trae a conciencia de Dios en nosotros, dice Unamuno, nos llena tan grande congoja por la miseria divina derramada en todo, que tenemos que verterla fuera, y lo hacemos en forma de caridad. Y así vertida sentimos alivio y dulzura dolorosa del bien" (43). Disiente Palma. La suerte del prójimo parece serle indiferente (literariamente, desde luego). Obrar la caridad para socorrer al sufrido. ¿Por qué? Por medio de uno de sus personajes nos dice que dar limosna es mantener holgazanes y buscones. Cosa no extraña, porque hoy, como el destino tiene ironías atroces, lo primero que acostumbramos a perder es la vergüenza. Después añade: "Quien aspire a tener larga cosecha de males empiece por sembrar beneficios. Esperar gratitud del prójimo favorecido es como pedir hoy milagros a los santos" (44).

¡Triste pedagogía de la vida! Mas, en calidad de verdad, no ha echado tan hondas sus raíces esta aparente misantropía. Rubén Darío, como otros muchos insignes que trataron al Maestro, nos dice que el viejecito amable, cuando ya a las puertas de la ancianidad, poseía cierto fuego sagrado que se vertía en claridad de nobilísimo entusiasmo (45).

Y su hijo, Clemente Palma, en filial tributo, afirma: "Tenía el alma siempre abierta a la consulta, el labio siempre franco y leal para el consejo, el corazón siempre dispuesto para el aplauso y el estímulo de los labradores" (46). De manera que, tras el aparente y doloroso adoctrinamiento de Palma, hay un temple vigoroso y consolador de religioso optimismo: un como iluminismo que acercaba su conciencia a la Suma e Inmutable Verdad que no a todos nos es dado alcanzar.

Oigámosle: "Creemos, creencia de que no alcanzarán a apearnos todos los teólogos de

la cristiandad, que la religión del crucificado, religión de verdad severa, no puede permitir dobleces ni litúrgicos lances teatrales... Dios es más de un símbolo convencional, y a menos que nuestra fatuidad le elimine haciéndonos creer que bastamos para todo, la esperanza en los grandes infortunios será lo último que nos abandonará; la esperanza en Dios cuya misericordia es infinita".

En una de sus *Cartas Americanas,* Valera le recriminaba a nuestro tradicionista: "Sólo me pesa el sentido aborrecimiento de usted a los jesuitas y lo mal que los quiere y los maltrata" (47). Nosotros no vemos la necesidad en dilatarnos transcribiendo amplias evidencias de este aspecto de la indisciplina e insubordinismo de Don Ricardo como comprobantes a la observación del autor de *Pepita Jiménez.* Bien pudiera ser que este punto, sólo de validez histórica en nuestros días, se interpretase mal y diera yesca para insanas controversias. El lector interesado podrá hallar lo que desea respecto a esta faceta de nuestro cronista, si se entrega a la lectura detenida en las *Tradiciones.* Empero, para satisfacer la curiosidad sospechosa de tal o cual lector, tocaremos en una generalización del Maestro. Oigámosle: "No es esta la primera vez que mi pluma, torpe acaso, pero sincera y entusiasta, combate con bravura... No somos de esos librepensadores que no quieren que los demás piensen libremente, sino como ellos piensan; pero en medio de nuestro genial espíritu de tolerancia, no transigimos con farsas absurdas... ni con la tiranía que sobre la conciencia se ejerce..." (48). Aclaremos. Los males que combatía Don Ricardo eran males que su conciencia y razón no podían ni debían tolerar: todo aquello que abominablemente vicia el bienestar colectivo. Opúsose a ello como pudiera oponerse todo hombre de conciencia a las veleidades e inconciencias que atrofian y menoscaban la sociedad donde se vive. Así, pues, Valera ha debido reconocer, como debe reconocerlo todo lector de las *Tradiciones,* que nuestro cronista no particularizaba en el sentido de que arremetía preferentemente contra tal o cual defecto a negligencia de otros. No. Su indisciplina, creemos, no admitía componendas. Veamos cómo este insubordinismo clama contra el uso y abuso de "padrinos", en vez de mérito y aptitudes, cuando se trata de elegir hombres para puestos públicos (*Los padrinos*); o la protesta que levanta contra la ignominia de la esclavitud del hombre por el hombre (*Manumisión*); o implora "justicia y escuelas" como los únicos factores para remediar la condición social de los indios (*Justicia y escuelas*); o perora contra el desgaste de la hacienda pública en vez de dedicarse a la irrigación de terrenos (*No juegues con pólvora*); o pide a gritos que la razón predomine sobre la fe como único medio de exterminar la superstición (*Superstición de los peruanos*), etc., etc.

Volviendo a la observación de Valera, ya nos lo advirtió el Maestro: "Lo único que no habría perdonado sería consentir con mi silencio en que lo absurdo y monstruoso se justificase" (49). Palma, pues, para que se colija hasta donde pudo llegar el temple de su oposicionismo, ¡aun lo rebela contra las autoridades de su patria! No hemos hallado, en el estudio detenido de su obra, un ejemplo que revele mayor matiz de fervor religioso que el siguiente: "Yo debo acatar, buenas o malas, las leyes de mi patria... pero también debo acatar las leyes divinas que mi religión me impone. El código me ordena jurar; pero Cristo, de una manera rotunda... me prohibe jurar... Yo no tengo por qué ni para qué echarme a averiguar quién inventó el juramento, ni a qué propósito moral o social obedece su práctica en nuestra patria a despecho de una Constitución que garantiza la libertad de pensamiento... A mí me basta y me sobra, como buen creyente, con saber que el Hijo de Dios, al prohibir el juramento, no se rebeló contra la voluntad del Eterno Padre" (50).

Hagamos punto y finalicemos estas anotaciones harto prolijas. Repetimos, desde luego, la premisa que intentamos formular y arriba expuesta: que Palma menudea en su obra copiosísimas sentencias y reflexiones las cuales podrían coaptarse en concatenación lógica para formar lo que amplísimamente constituye su *filosofía,* o sea, aquello que brotó de las íntimas reconditeces de su intelecto y su conciencia. Réstales a otros de más cumplidos conocimientos, averiguar por lo menos, si hay razón de verdad en nuestras aseveraciones. Añadamos, en conclusión, que si el Maestro acaso llegó a errar en su indisciplina y rebeldía, hubo un tiempo cuando en un momento de sereno pensar exclamó:

*¡Señor! perdón al que presa*
*de fatal escepticismo,*
*de la duda en el abismo,*
*no encuentra un rayo de luz.*
*Perdona al que en su infortunio*
*todo lo niega y maldice,*
*y al fin sucumbe infelice,*
*bajo el peso de la cruz* (51).

*Luis E. AVILES, Ph. D.*

New Mexico Highlands University.
Las Vegas, Nuevo Méjico.



NOTAS:

1. *Mercurio Peruano,* Ju-Dic., Lima, 1919, pp. 272-77.
2. Fco. de Icaza, *El Quijote durante tres siglos,* Madrid, 1918, p. 18.
3. Hemos aprovechado la edición de Madrid, 1921 (6 vols.); también la de los últimos años, Espasa-Calpe, Madrid (6 volúmenes) correspondientes a las siguientes fechas: Vol I (1945), Vols. II, III, IV (1946), Vol. V (1947) y Vol. VI (1939). Referencias a esta edición se indicará: (C).
4. *Tradiciones* IV, 12.
5. Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana,* t. I, Madrid, 1911: Introducción.
6. R. Blanco Fombona, *Grandes escritores de América,* Madrid, 1917, p. 286.
7. A. González Blanco, *Escritores representativos de América,* Madrid, 1917, pp. 131-2.
8. *Mercurio Peruano,* op. cit., 414.
9. *Ibid,* pp. 399-402.
10. *Tradiciones.* Vol. VI (C), 335.
11. J. Ribera y Rarragó, *Disertaciones y Opúsculos,* t. I, Madrid, 1928, p. XLVI.
12. E. Pardo Bazán, *Historia de la literatura francesa moderna* (El Romanticismo), 2ª ed., Madrid (?), 30.
13. *Mercurio Peruano,* op. cit. 387.
14. V. Conversación del sábado 12 de Feb. de 1931; Valera, *Obras completas,* vol. 26, p. 8 (*Sobre el nuevo arte de escribir novelas*); Unamuno, *Contra esto y aquello,* Madrid, 1912, p. 19.
15. V. Palma, *Poesías completas,* Barcelona, 1911, p. 174.
16. Unamuno, *Contra esto y aquello,* op. cit., 19.
17. Palma, *Poesías completas,* op. cit., 104.
18. V. García Calderón, *Del Romanticismo al Modernismo,* París, 1909, p. 325.
19. *Tradiciones,* Vol. I (C), p. 288.
20. *Tradiciones,* Vol., III 15; 289.
21. Azorín, *Páginas escogidas,* Madrid, 1917, 1917, p. 211.
22. *Tradiciones,* Vol. III, 266.
23. *Ibid,* III, 9.
24. *Ibid,* I, (C), 288; II, 18.
25. *Ibid,* II, 13.
26. *Ibid,* III, 287; Unamuno, *Ensayos,* Vol. VII, Madrid, 1918, p. 60; *Tradiciones,* II, 2.
27. *Tradiciones,* II, 18.
28. *Ibid,* I (C), 291-292.

29. E. M. de Hostos, *Crítica*, Habana, 1939, pp. 300-303.
30. *Tradiciones*, II (C) 59.
31. Blanco Fombona, op. cit., 383-385.
32. E. M. de Hostos, *Crítica*, op. cit., 303.
33. *Tradiciones*, V (C), 290.
34. *Ibid*, II, 93; III, 196; V, 302.
35. *Ibid*, III (C), 340.
36. E. M. de Hostos, *Tratado de Sociología*, Habana, 1939, pp. 184-185.
37. *Tradiciones*, III, (C) 101-102; 341.
38. *Ibid*, IV (C), 319-320.
39. *Ibid*, I, 205; II, 184; II, 263; V, 299, 352; III (C), 101, 102, 352.
40. Baltasar Gracián, *El Criticón*, Madrid (?), 235.
41. Palma, *Poesías completas*, op. cit., 235.
42. *Tradiciones*, I, 16, 83, 138, 181, 232, 307; IV, 119, 207; VI, 243-244; I (C), 272-273; Palma, *Apéndice a mis últimos*, op. cit., 210; I (C), 18, 259-260.
*la Vida*, Madrid (?) 203.
43. Unamuno, *Del Sentimiento Trágico de la Vida*. Madrid (?) 203.
44. *Tradiciones*, I, 232-233; II, 136, 143, 295; I (C), 250-60.
45. Rubén Darío, en *Tradiciones*, I, p. XV.
46. Clemente Palma, en *Tradiciones*, III, p. X.
47. Valera, *Obras*, op. cit., Vol. 42, p. 200.
48. *Tradiciones*, V (C), 138-39; 387.
49. *Ibid*, 290.
50. *Ibid*, V, 287-289.
51. Palma, *Poesías completas*, op. cit, 17-18.

---

# Carta de Luis Eduardo NIETO CABALLERO al Presidente de Colombia

(En *Rep. Amer.*)

Bogotá, noviembre 28 de 1949.

Excelentísimo señor Doctor
Don Mariano Ospina Pérez.
Presidente de la República.

Señor Presidente:

Escuché anoche la Exposición que Usted quiso hacernos a sus compatriotas, a través del micrófono, acerca del proceso, del resultado y de las perspectivas de las elecciones. Todo para la mayor honra y el mejor provecho de la patria, porque parece que jamás se habían verificado unas elecciones tan tranquilas, ni cuyos resultados satisficieran tan ampliamente al gobierno.

Tranquilas sí, señor Presidente, porque una previa labor de terrorismo, adelantada sin el menor escrúpulo y con la mayor frialdad en múltiples secciones, obligó a los dirigentes liberales a dar el consejo, o mejor la orden, de que ningún miembro del partido se acercara a las urnas. Fué una defensa elemental de la vida lo que dictó esa determinación, que necesariamente habría de producir una calma muy semejante a la de los sepulcros.

Todas las fuerzas del gobierno se pusieron con la debida anticipación al servicio de la candidatura del doctor Laureano Gómez, que de otra manera, en un debate limpio, sin coacción, sin robo de las cédulas a los campesinos y sin amenazas, no habría triunfado nunca. En toda la historia de nuestra patria no recuerdo nada tan descarado ni tan vergonzoso como esa elección, verificada con el anticipado cumplimiento de la consigna *"a sangre y fuego"*.

Antes que nosotros los liberales, irán a ser ustedes, los conservadores ed cierto temple o de cierta tradición, Usted en primer término, señor Presidente, las más notorias víctimas. Con nosotros ya empezó el coqueteo. A estas horas de la vida se viene a acordar el permanente sembrador del odio y el constante predicador de la agresión, de la *acción intrépida* y de la *república invivible*, de que todas esas pasiones y sentimientos son malos. Diz que nos va a amparar bajo sus alas poderosas cuando se halle en el gobierno. Usted, señor Presidente, el grupo de *los leopardos*, que resultaron gatos, los doctores Zuleta Angel, Urdaneta Arbeláez, Francisco de Paula Pérez, Jesús María Marulanda, Gilberto Alzate Avendaño, Guillermo León Valencia, Alfredo García Cadena, tantos otros, que deben de estar felicitándolo de dientes para afuera, irán a ser olvidados, o tratados mal, o despreciados. Ese dios es implacable.

¡Pero si hubiera ganado la batalla! ¡Si no fuera a surgir sobre una pirámide de cráneos! Si no hubiera sido el fruto, madurado a apretones, de la coacción y de esos sistemas de terror que supieron implantar el doctor Luis Ignacio Andrade, ministro de gobierno, y buen número de gobernadores! El nombre de los *chulavitas*, asesinos uniformados, queda en nuestros anales como el emblema sangriento de esa victoria.

Cómo deploré, señor Presidente, que en su alocución de anoche no hubiera hecho la menor referencia a esos compatriotas, de todas las clases sociales, caídos en la brega; que no hubiera tenido ni la más leve palabra de alusión al hermano de quien más eficaces, valerosos y gallardos servicios le prestó a Usted durante toda su tarea gubernativa, Vicente Echandía, caído la antevíspera de la farsa electoral en una de las emboscadas más sombrías de nuestra historia, es un símbolo del derecho sacrificado, de la moral hollada y del amor fraternal profanado por los asesinos.

Al señor general Sánchez Amaya, ministro de la Guerra, le dije personalmente, cuando fuí a solicitar el permiso para que los funerales de la víctima se celebraran en la iglesia de la Veracruz, que todavía más miserable que el asesinato era la explicación, salida del ministerio de gobierno, donde antes se había negado por conducto de la Radiodifusora Nacional que hubiera habido choque alguno, en el sentido de que un grupo de caballeros, casi todos legisladores, e inermes, que acompañaban en su excursión al doctor Darío Echandía, habían atacado a la policía, la que se había visto obligada a defenderse. Si en tal forma han mentido respecto de algo ocurrido en el centro de Bogotá, con numerosos testigos, ¡cómo lo habrán hecho esos sicarios a todo su sabor para calumniar a los liberales de los departamentos!

Quiero aprovechar, señor Presidente, la libertad que me he tomado al dirigirle estas líneas, en gracia de la benevolencia con que recibió las que anteriormente me permití dirigirle acerca de la manera irritante como se venía... y se continuará ejerciendo la censura de la prensa, lo inaudito que está ocurriendo en las cárceles en materia de torturas.

Los más elementales sentimientos cristianos han desaparecido. Se han traído los tormentos que Juan Vicente Gómez ordenaba aplicar en la Rotunda a los presos políticos. En el país hay casos de narices, orejas y lenguas cortadas, como en los días de Boves, de gentes flageladas, quemadas, colgadas de los pies y de órganos todavía más sensibles; de labriegos acuchillados dentro de las cárceles, como ocurrió recientemente en Cajica; de mujeres violadas; de niños reventados contra las losas; de los más espantosos refinamientos en el arte diabólico de hacer sufrir.

Y aquí, señor Presidente, hay estudiantes a quienes a golpes se les han roto los dientes; presos que braman de dolor al recibir el azote de ramales que tienen puntas de hierro; escritores eminentes a quienes se mantiene en sótanos sin luz y sin aire, entre los cuales me limito a citar a León de Greiff, altísima cifra de las letras de Colombia, empleado de primera categoría en el minisetrio de Educación, a quien la humedad y el frío han producido una bronquitis que, si no se le retira de ese antro, puede degenerar en pulmonía. Personas de la alta sociedad han estado también en esas cárceles, como Fernando Carrizosa, vicegerente de la Avianca, a quien durante toda una noche se le obligó a estar de pie, sin permitirle recostarse. Para que nada falte, hombres de trabajo, prácticamente apolíticos, como Jorge Pardo, dueño del Teatro San Jorge, han sido apresados sin decirles el motivo, para humillarlos tan sólo y para dejarlos pensando qué le ha pasado a Colombia.

Yo tengo para mí que todos esos desafueros e infamias se hán estado cometiendo a espaldas de Usted, a quien no le deben contar sino lo que le pueda permitir afirmar que vivimos en una santa calma. Con la esperanza de lograr su pronta intervención, para que sean licenciados los torturadores y para que no den más consejos los que aprendieron cosas horripilantes en las ergástulas de España, me he atrevido a dirigirle esta carta, en la que no quiero que vea sino mi profunda sensibilidad de colombiano, al lado de los sentimientos con que me suscribo de Usted como su respetuoso servidor y amigo,

*Luis Eduardo NIETO CABALLERO.*

# Pido la palabra

(En el *Rep. Amer.*)

*Cartago. 25 de septiembre de 1949.*

*Señor Profesor*
*don Joaquín García Monge.*
*Apartado X. San José.*

*Estimado señor:*

*Le ruego hacerse de un poco de tiempo para leer el pequeño estudio incluso, relativo a la fe y al catecismo. Estas consideraciones críticas tienen gran importancia en las circunstancias actuales, mucho más, digamos, que la divertida broma de una Maestra más escéptica que ignorante, que enseñaba a los niños, sin exigir, supongo, que la creyesen, cómo Moisés franqueó el Mar Rojo por el Canal de Suez, y burlándose así chistosamente del versículo del Exodo: "Y los hijos de Israel fueron por medio del mar en seco, teniendo las aguas por muro a su diestra y a su siniestra".*

*El concepto infantil y nada suasorio de la pretendida Verdad enseñada por las Iglesias cristianas, ha venido a ser una antigualla inaceptable en la educación moral de la juventud. Precisa tener buenas tragaderas para admitir la eficacidad de los polvos de la Madre Celestina recetados por el catecismo católico. Los niños ya no saben a qué atenerse en los cuentos de "La Religión explicada", que sólo los pueden inclinar hacia el escepticismo o el sopor mental.*

*Los pocos individuos que creen todavía a pie juntillas en el cadejos, la cegua, la Tuli vieja, los fantasmas, etc., son todavía susceptibles de ser convertidos a las creencias de igual calibre, respecto a la creación: hacer algo de la nada, o sea: identificar lo negativo con lo positivo; los milagros: derribamiento caprichoso de las leyes eternas de la energía universal; divinidad tri-unitaria: uno igual a tres; al libre-albedrío en maridaje con la omniscencia y la omnipotencia divina y sus dones, a antojo, de "gracias" de varias categorías; etc., etc.*

*Empero, esta gente supersticiosa forma sólo un sector reducido en una nación en donde el analfabetismo tiende a desaparecer, y ya son muy pocos los a quienes se les puede alimentar con las piltrafas bíblicas y el enjambre de cuentos maravillosos de Maricastaña de las leyendas judaico-cristianas.*

*La base de la Moral debe ser certera, luego distinta de las poéticas pero mentirosas historietas enseñadas por "ignorantes que creen saber y no quieren que su ignorancia les sea demostrada".*

*La actitud de la Asamblea Constituyente, al dejar prudentemente a un lado las exigencias eclesiásticas, respecto a su intromisión en los asuntos educacionales, es la menos mala que podía razonablemente tomar. Después de todo, de nada sirve querer hacer ver las cosas desde el punto de vista racional, tanto a los creyentes revelacionistas como a los creyentes antireligiosos. Los mejor razonados esfuerzos en tratar de hacer comprender a los altos Doctores de ambos bandos la urgente necesidad social de enderezar sus métodos didácticos de marras, no recibieron en contestación sino escurridizas escapatorias o el más profundo silencio...*

*"Cuando la Verdad religiosa, absoluta, impersonal, aparezca, ya no habrá contradicción ni lucha, porque la fuerza de la Verdad consiste en atraer hacia ella todos los espíritus". Creer, es admitir sin comprender. Luego nadie quiere creer en quimeras reconocidas como tales; hay que llegar a saber. Toda la cuestión moral está ahí. Aunque parezca paradójico —pero es cosa ya demostrada— la Religión Real y la divinidad son dos ideas incompatibles. El verdadero espiritualismo y su concepto de la sanción ultravital es ateo, en el sentido de renuencia a aceptar el dios antropomorfo de las religiones reveladas así como lo han sido todas hasta hoy.*

*La moral sin religión es un engaño en provecho de los listos para explotar a los débiles. Una regla de acciones sin sanción ultravital inevitable, no es sino un sofisma embaucador para el uso de los déspotas. "Se necesita una religión para el pueblo, —dicen—, porque éste se está haciendo inaguantable en sus reivindicaciones". Pero el pueblo se instruye; no se pueden cerrar las escuelas, ni quemar los libros, ni amordazar la prensa, ni constreñir las voluntades a creer lo que la razón rechaza irremisiblemente.*

*¿Qué precisa hacer entonces? —"Si no hay Verdad absoluta, degollaos; el más fuerte poseerá la verdad relativa..." Pero la fuerza del número se inclina al lado del pueblo oprimido, que en su rebelión quiere entregarse progresivamente a las teorías extremistas del materialismo marxista.*

*¿Hay manera de remediar a esta angustiosa situación? Sí, pero ni la Iglesia, ni los incrédulos reconocen la razón, la buena razón, bien entendida, "la razón metódicamente reconocida y demostrada". Todos pretenden que es imposible llegar a este conocimiento. "En lugar de limitarse a decir: no sabemos, lo que es la expresión del verdadero escepticismo, afirman que es imposible saber fuera de lo que afirman dogmáticamente, y esta aserción es la característica del falso escepticismo, de la vanidad. Concluyen de su ignorancia particular a la ignorancia general; concluyen de su imposibilidad de saber a la imposibilidad absoluta de saber".*

*En cuanto a la hipócrita política de considerar la Iglesia como una organización policíaca moral retribuida servilmente por el Estudo, es la mayor equivocación de algunos legisladores y directores de la opinión pública. El pueblo ya no es tan inconmensurablemente estulto así como se cree. Más necios son los que pretenden tratar de seguir engañándolo con esquemas religiosas sofísticas para mejor explotarlo con los repugnantes abusos comerciales corrientes en que, tanto cristianos como judíos compiten, y con impuestos y empréstitos en que el capital no paga nada en realidad. Estamos muy cerca de una era de rebelión total, si no se deciden los dirigentes a estudiar detenidamente la cuestión social en su noble aspecto moral-religioso y económico.*

No hay civilización posible sin religión. *Ahora bien, las religiones reveladas, y para nosotros, las numerosas sectas cristianas, ya no son capaces de volver a galvanizar el mundo por medio de una fe común. Luego precisa buscar, descubrir e instaurar la Ciencia Religiosa Real, Incontestable, y puedo asegurar la existencia actual de esta demostración. Si no, caeremos indefectiblemente en los horrores de la tiranía cosaca. No hay otra alternativa. Ya las naciones llamadas "democráticas" no son las únicas detentadoras de la técnica nuclear atómica; y además, muchos gérmenes anárquicos brotan incesantemente de sus senos, florescencia provocada por los mismos burgueses oligarcas.*

*En resumen: La educación catequista ha venido a ser absolutamente ineficaz para la formación moral de la juventud. Las pruebas abundan, salvo para los ciegos voluntariamente empedernidos en sus prejuicios. Para ser capaces de reemplazar esta falaciosa educación, por medio de una enseñanza racional, lógicamente irreprochable, los educadores deben primero reconocer su ignorancia con humildad, después, buscar y descubrir la Verdad Religiosa, fuera de las fábulas de los dogmas en desuso, a fin de dar fundaciones certeras a una Sociedad Nueva en que impere la Justicia Social para todos y para cada uno sin excepción posible.*

*¿Quién advierte esto...? ¿Quién tendrá la obnegación necesaria para ocuparse de esto...? El destino de los hombres lo decidirá...*

*De usted muy atento y seguro servidor,*

*Paul DELIENS van REYSEN.*

Tendré gran placer en enviar la continuación de este estudio sobre el problema moral, si los lectores hallan interés en él y se sirven comunicarme su deseo.

*P. D.*—Carta colectiva enviada a los señores: Joaquín García Monge, Isaac Felipe Azofeifa, y Redactor de "Temas del Momento", *La Prensa Libre.*



# QUÉ HORA ES ...?

*Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.*



*Joaquín Suárez*

## JOAQUÍN SUÁREZ
## Diez momentos en la vida del prócer

(Envío de *J. C. Sabat,* en Montevideo y en 1948)

*Palabras para la meditación familiar. Fueron escritas en 1914, al fundarse el Liceo Joaquín Suárez.*

(Nació en Canelones el 18 de agosto de 1781. Murió en Montevideo el 26 de diciembre de 1868).

1)—Contribuyó a la formación de la Patria. (*Propagó la Revolución; actuó en San José y Las Piedras; Comandante de Canelones; Regidor en 1816; firmó la declaratoria de la independencia; Gobernador en 1826 y 1828; puso su firma a la inicial organización y al nacimiento de la Bandera; diputado y senador en las primeras legislaturas; ocupó la presidencia provisional durante largos y difíciles años; dando prueba de su rectitud cívica, acató posteriormente el juicio electoral y entregó la banda a un adversario político*). En todos sus actos tendió a imprimir algunas de las características nacionales: amor a la libertad, amplitud, generosidad, etc.

2)—Supo de triunfos y de derrotas. Se mantuvo sereno. La República aun no se había adaptado a la vida libre y democrática. Ya nuestro siglo ha demostrado que en un territorio pequeño, un pueblo nuevo puede distinguirse por su espíritu. Por tratarse de un guía excepcional, de Suárez pudieron decir sus amigos y sus adversarios que fué un gran hombre.

3)—Su signo fué la honestidad. Por ello tuvo el culto del respeto y fué respetado. Su señorío fué el de sus raigambres hispánica y colonial.

4)—Es el modelo del hombre de carácter y del que cumple con desinterés llevado hasta el sacrificio, sus deberes para con el Estado. Presidió sus destinos durante terribles años, sin cobrar sueldos y dió su patrimonio a la Nación. "Otro día —dice Andrés Lamas—(1), en que tratábamos en acuerdo los documentos, el ministro Vásquez, dirigiéndose a Suárez, le dijo: "Sr. Presidente, usted ha dado mucho sin tener recibo: es preciso que mande hacer la cuenta y se le documente como es justo". —"Eh —contestó Suárez— yo no le llevo cuentas a mi madre".

5)—Se formó junto a su padre, don Bernardo Suárez del Rondelo, que llevó su generosidad hasta ceder todo su ganado para las tropas libertadoras de 1827. En ese ambiente de austeridad, Joaquín Suárez asimiló las mejores enseñanzas.

6)—Pudo vivir cómodamente y lo sacrificó todo por el cumplimiento de su deber. Nació rico y murió pobre. Vivió en un momento de confusión, como el actual, y mantuvo una inflexible norma de conducta. "Nada me importa el lugar que ocupo —dijo en una oportunidad— sino en cuanto pueda ser útil a mi país" (2).

7)—"Reconociendo —dice Andrés Lamas—(3), que la educación era uno de los primeros deberes del gobierno y que era necesario establecer sus bases elementales de un modo que correspondiese al número de la población, y al carácter de un pueblo libre, se creó una Dirección de Escuelas, se estableció una Normal en el pueblo residencia del gobierno y de primeras letras en casi todos los centros poblados". (Durante la gobernación de Suárez. 1826).

3)—Fué un maestro de voluntades. Siguió la tradición familiar y se forjó en la lucha. Ya anciano, demostró que quien se ha iniciado de tal manera puede sobrellevar con entereza las peores situaciones.

9)—En su vida múltiple ejercitó al máximo sus inquietudes. Y le cupo firmar las creaciones de numerosos centros vinculados a nuestra vida cívica y cultural.

10)—Por haber representado dignamente a sus conciudadanos, Suárez fué declarado benemérito de la patria. En el año 1896, se erigió el monumento —primero decretado por nuestro país— que actualmente se encuentra en el solar de su residncia.

(1) Andrés Lamas, *Biografía de Don Joaquín Suárez.*

(2) Isidoro de María, *Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay.*

(3) Obra citada.

### DECALOGO PARA LOS ESTUDIANTES DEL LICEO "JOAQUIN SUAREZ"

Joven:

1)—*Formas parte de un Liceo nuevo, dentro del primer país del mundo que creó la absoluta gratuidad de la enseñanza.* Tú has de contribuir de manera fundamental a *formar* su espíritu. Piensa en tu satisfacción de futuro, cuando se te diga que la generación inaugural se encargó de darle una modalidad propia. Eres en la casa una piedra fundamental viva. Conforma toda tu actividad a esa idea. Y podrás triunfar.

2)—*No te amilanen los escollos o los aparentes fracasos.* Toda acción nueva ofrece dificultades, que después se solucionan. Es posible que no te hayas adaptado aún a lo que es un Liceo de segunda enseñanza. (Lée la parábola *El niño y la copa,* de Rodó). Piensa que no hay fracasos en tan corta edad y que tienes toda la vida, que se te ofrece como una magnífica esperanza. Pero haz lo posible para que tus profesores y tus compañeros te aprecien. Que termines el año y todos puedan decir de ti, cualquiera sea el resultado de tus estudios: "Es un buen muchacho".

3)—*La alegría juvenil,* imprescindible para mantener tu entusiasmo, *no es enemiga de la buena conducta.* Cada clase debe ser un momento de vida plena. Los consejos del profesor deben ser oídos y su persona, en todos los casos, debe merecer respeto, por su calidad, por su calidad, por sus estudios, por su experiencia. Desdichado de aquel que cree destacarse por su indocilidad. En el Liceo cada uno debe superar sus maneras, su trato, sus actitudes. Así se formarán los correctos hombres de lo futuro. *Al ejemplo de las esquinas, opón siempre el ejemplo de la buena siembra liceal.* Sólo rompe la unidad interna, el que se opone sistemáticamente a esas directivas.

4)—*Lee en los murales,* el inciso del artículo constitucional que dice: *"En todos los establecimientos docentes se atenderá especialmente la formación del carácter moral y cívico de los alumnos". Esa frase constituirá el lema de nuestro Liceo.* No interesa que egreses sabiendo matemáticas o francés, si no se te ha enseñado que la rectitud de procederes es el medio más adecuado para mejorar en la vida. Aunque no hayas llegado a los 18 años, edad de la ciudadanía, debes estar en aptitud de llegar a ser un honesto ciudadano. Que la vida republicana no sólo da derechos, *sino que es el régimen de gobierno que impone más deberes.* El que lo pide todo y no da algo de sí mismo en beneficio de la colectividad, es uno de los peores enemigos de la democracia.

5)—*Al Liceo no se llega con el fin de conseguir un título universitario.* Tampoco, a adquirir un *bueno con regular.* Se viene a asimilar

---

*La Habana, Dicbre. 6, 1949.*

*Señor don Joaquín García Monge,*
Repertorio Americano.
*San José. Costa Rica.*

*Mi querido Don Joaquín:*

*No quiero que pase el 30 aniversario del gran* Repertorio *sin la expresión de mi simpatía por su periódico y mi admiración por usted. Reciba en esta oportunidad el más fuerte y fraternal abrazo de su amigo y compañero que mucho lo quiere,*

*Juan MARINELLO.*

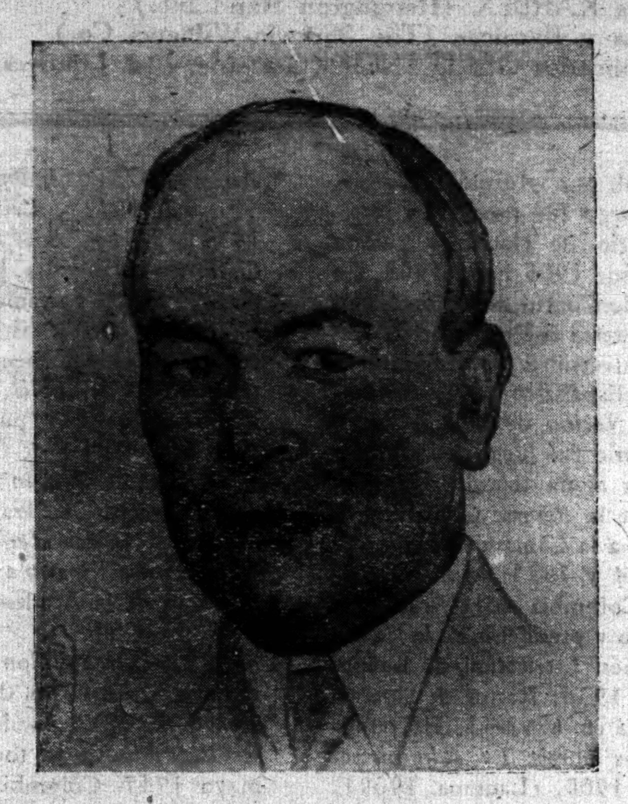
*P. D.*—Le envío con esta carta el importe de mi suscrición anual.

# SANIN CANO

Por *Ermilo ABREU GOMEZ*

(En el *Rep. Amer.*)

Maestro por excelencia llamó Guillermo Valencia a Baldomero Sanín Cano. Y lo fué de veras porque, como dice Luis Alberto Sánchez, Sanín Cano supo siempre conocer y encarar los problemas literarios. Y, en efecto, a Sanín Cano no se le puede acusar de cobarde, pecado común, por otra parte, de la crítica militante. Tampoco fué un temerario. Se limitó a estar en su sitio, como los buenos. Los temas estéticos no fueron materias inertes para él. Provocaron su opinión; y ésta nos la trasmitió sin gritos ni extravagancias. Sanín Cano es así uno de los escritores más serenos, más tranquilos de América. Su obra es un lento proceso de decantación, de purificación consciente de valores. Uno de sus empeños más constantes fué el de estudiar y divulgar las literaturas europeas de su tiempo. En América, hasta hace poco, este conocimiento era una necesidad inaplazable. Ya Luis María Mora, lamentándose de nuestro aislamiento, decía que, por estas latitudes, a duras penas, se lograba una información directa y original. Tal divulgación la realizó Sanín Cano no sólo con gusto sino también con adoctrinado sentido crítico. Su cautela de juicio fué consecuencia de su labor en la enseñanza. En la cátedra ejercitó la técnica de su pensamiento, acaso también la norma de su estilo. La cátedra le obligó a ser veraz, claro y útil. La cátedra le hizo socrático. De la conjunción de estas verdades se desprende el carácter de su obra. Por otro lado, las lenguas modernas que con esfuerzo dominó, fueron medios eficaces para que lograra un conocimiento original y oportuno de los libros que se producían en otros países. Con el tiempo algunos de sus juicios tal vez hayan perdido algo de verdad, pero no por esto dejan de ser ni honrados ni documentados. Atraído por este amor por lo exótico algunos le han acusado de haberse alejado demasiado de lo propio. Acusación injusta. La tarea que se impuso, como ya se dice, era imperiosa. Igual, o semejante ejemplo dieron los mejores escritores de su época. Basta con recordar la tarea similar realizada por Blanco Fombona, Rubén Darío, Gómez Carrillo, los Henríquez Ureña y los García Calderón. Todos ellos pensaron que la renovación de lo propio, dependía de este acarreo de materiales ajenos. Era necesario sacudir la tutela que ejercía una uniforme fuente española; era preciso ampliar los horizontes. Los modernistas podían morir de todo, menos de asfixia. Supieron derribar las paredes de su cárcel y con alas —propias o prestadas— lograron evadirse a más amplios cielos. Amplios no quiere decir mejores. Pero en la precipitada evasión, encontraron su castigo. Es posible que, los más, no hayan sabido retornar al suelo nativo. Los sedujo el esplendor de los mundos descubiertos. Mas si no tornaron, otros tornaron por ellos. Sobran los ejemplos: bastan los nombres de Gallegos, Rivera, Quiroga, Guiraldes, Azuela, Guzmán y López Velarde. Sanín Cano no fué un desorbitado; tuvo vocación humanística, la cual le permitió equilibrar el saber con la emoción, la doctrina con la intuición, el juicio con la sentencia. De ahí nace la validez de sus teorías. Para él lo nuevo no era bueno por nuevo sino por bueno, en tanto que lo viejo no es viejo por viejo, sino por muerto, pues lo que importa, en el ayer o en el hoy, es descubrir los valores perennes que representan el sentido de sus días En el fondo Sanín Cano tuvo la energía de los clásicos; esto le permitió analizar, sin desvaríos, la obra de los autores. Por ella conoció la causa de los efectos; comprobó la razón y la sin razón de los pareceres emitidos. En su labor fué tan objetivo como subjetivo. En lo objetivo proyectó con perspectiva sus observaciones; en lo subjetivo deslindó sus emociones personales de las heredadas. La tradición para él no fué así fatal herencia, sino fuerza que hace posible la continuidad de la vida, la propia realidad del presente y la armadura del futuro. Entendió que el problema literario implica un todo y que el pasado, aparente paradoja, es hijo del futuro. El orden de los factores, en el espíritu, no altera el producto. No podemos vivir —ha dicho T. S. Eliot— en continua revolución literaria. La observación tiene consecuencias. Se trata de un simple fenómeno de biología estética. Toda revolución literaria (cuando no es vulgar postura infecunda de incapaces) aparece, precisamente, cuando las formas dejan de ser revolucionarias, vitales, clásicas. Las revoluciones literarias avivan el sentido dinámico de la expresión. Una revolución literaria es una exigencia valiente del espíritu que anhela conservarse y prolongarse en el futuro. Darío se apoya, con frecuencia, en los clásicos del XVI para rajar el anquilosamiento de los neoclásicos y románticos del XIX. Valle Inclán recoge los tonos arcaicos de su Galicia medieval, para romper la inercia académica de sus días. Sólo con san-



*B. Sanín Cano*

cultura. Se viene a formar la personalidad. Todas las obligaciones que se impongan para que se cumplan en el establecimiento con un orden emanado de la cordialidad, proceden de esos altos propósitos. Has de saber, joven, que por tu futuro están velando muchos en la casa. No se te piden agradecimientos. Se te exige sólo consecuencia.

6)—*El Liceo es una institución seria, que exige el cumplimiento de deberes a todos los que lo integran.* No debe considerársele como un lugar que sólo ofrece garantías para los jóvenes durante algunas horas del día. *Por lo tanto, los padres están en la obligación de custodiar si los alumnos estudian sus lecciones, que todos los días del año tienen ese deber.* La promoción es el justo corolario de un trabajo normal y una conducta correcta durante todo el curso.

7)—*Lee libros buenos,* especialmente biografías de grandes hombres. Tus profesores te podrán dar consejos en la materia. Piensa que la buena lectura constituye el mejor guía para formar un porvenir. Domina en todas partes la lectura tonta. Sólo con historietas o con crónicas deportivas o policiales, no llegarás a consolidar tu porvenir. No pierdas tu tiempo con truculentos episodios radiales, peores que las más malas novelas por entregas.

8)—*Fortalece tu voluntad.* El instante en que vivimos es difícil y lo será más aún dentro de algunos años. Aprovecha esta etapa de maravillas, enraizada en tu juventud. Los buenos árboles llaman la atención desde sus comienzos. Lée *La Pampa de granito*, de Rodó, *Un Mensaje a García*, *Las tres casas del tío Juan*, de José Nogales y Nogales. ¿Que no los encuentras? ¡Búscalos! Los hallarás si te empeñas. Por ese procedimiento llegó la carta a García. La formación de tu voluntad no te la podremos proporcionar tus profesores. Eso debe ser obra exclusivamente tuya y no olvides la leyenda del escudo familiar de Zorrilla de San Martín: "Velar se debe la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte".

9)—*Sé inquieto,* busca todas las posibilidades de hacer algo en bien del Liceo, tráenos tus iniciativas. Los Liceos están hechos para los estudiantes y éstos deben demostrar sus propósitos fecundos en bien del establecimiento. Inquiétate en forma responsable. Pon todo de ti mismo y aléjate de los malos consejeros.

10)—*Sé un correcto alumno fuera y dentro del Liceo.* En todas partes tienes que representar dignamente el centro que te brinda cultura y educación. Y debes aconsejar, no importa el lugar en que te encuentres, al que conceptúes que está equivocado.

*J. C. SABAT PEBET,*
*Director.*

gre fresca, vieja o nueva, se puede prolongar la vida. En literatura, como en todo lo vital, no hay generación espontánea. Los productos de cualquier generación espontánea, son incapaces de fecundidad. Esta incapacidad es la prueba de su invalidez. Pueden dejarse a un lado, más bien, deben dejarse a un lado, estos o aquellos descuidos que muestran sus obras, (2), pues debajo de ellos palpitan su instinto estético y sus dotes de observación. Además, lo dijo Martí y basta: el honrado tiene derecho al error. Y alguien más añadió: los grandes tienen los defectos que necesitan. Su juicio pues, si no siempre es hijo de *la* verdad, es hijo de *su* verdad, que es más verdadera que la otra, porque se entrega con la conciencia. Sanín Cano no trabajó para deslumbrarse ni para deslumbrarnos, sino para orientarse y para orientarnos. Con su doctrina ha influido, del mejor modo posible, en la formación de muchos escritores. Bastaría recordar lo que le deben José Asunción Silva y Guillermo Valencia. Su actitud nos obliga a pensar que, al lado de los precursores expresivos del modernismo, al lado de sus valores estéticos existen otras energías no menos fecundas que prepararon el camino de tal escuela. Entre estos espíritus de anticipación figura Sanín Cano. Fué injusto Manuel Ugarte cuando, en 1907, suprimió su nombre de una antología de autores americanos. Por fortuna, en su hora, José Enrique Rodó condenó tal injusticia.

El estilo de Sanín Cano merece un comentario aparte. No existen en él ninguno de los estilos vigentes en su época: ni el académico o seudoclásico, impregnado de romanticismo trasnochado, que puede observarse hasta en los buenos escritores de fines del XIX, ni el barroco o puramente literario que prevalece durante el período inmediato de principios del siglo. Es claro que no se habla aquí de los verdaderos estilos personales que se produjeron aquende y allende el mar, tales como los de: Gómez Carrillo, Azorín, Miró, Valle Inclán y Rodó. El estilo de Sanín Cano es un estilo sin estilo. Tal parece que quiso cumplir con la lección de Fernández de Andrada: crear un estilo liso y llano que nadie lo note.

Sanín Cano dice lo que tiene que decir, con las palabras más claras y más precisas. En él no hay períodos amplios ni recursos oratorios, ni yuxtaposiciones latinas; ni fatigosas frases breves, de oriundez francesa. No. Sus frases tienen cabal equilibrio; están en concordancia con su pensamiento. Su sintaxis coincide con su sindéresis. Virtud de pocos. Sanín Cano, como dice Arciniegas, es un espíritu jubiloso y sereno: ha sabido vivir en comunión con sus contemporáneos. Comunión fecunda: más alerta a las simpatías que a las diferencias. Frente a ellos, sin melindres, sin miedo, con sus errores, con sus virtudes, con su integridad, está su obra, tan sabia como humana. Sanín Cano ha contribuido, como pocos, al ordenamiento y a la renovación de la conciencia literaria de América. Tiene pues, derecho a nuestro respeto y a nuestra admiración.

---

(1) Nació en Rionegro (Antioquía) el 27 de junio de 1861. Hizo sus primeros estudios en su pueblo natal y luego ingresó a la Escuela Normal de Antioquía, donde recibió grado de institutor. Ejerció por algún tiempo el magisterio y continuó, a través de él, una intensa labor de autoeducación, especializándose en inglés. Entre los años de 1905 a 1907 fué miembro de la Asamblea Nacional, que reformó la Constitución del 86. Luego fué nombrado secretario del Ministerio de Hacienda, puesto que desempeñó desde 1905 hasta 1909. En 1911 fué designado Cónsul de Colombia en Londres. En Inglaterra fué profesor de castellano en la Universidad de Edimburgo. Viajó más tarde a España como representante del diario *La Nación* de Buenos Aires. De este mismo diario fué luego redactor, en Buenos Aires, por algún tiempo. Ha sido, además, escritor de la *Revista Contemporánea;* representante a la Cámara por el partido liberal en 1924 y 1933; Ministro Plenipotenciario de Colombia en la Argentina, en 1933; miembro y presidente de la Comisión de Cooperación Intelectual de Buenos Aires, reunida en 1936; Rector de la Universidad del Cauca en 1942-43. Ha publicado las siguientes obras: *La Administración Reyes,* 1904-1909, (Lausana, 1909); *An Elementary Spanish Grammar* (Oxford, 1920; *Spanish Reader* (Oxford, 1920); *La civilización manual y otros ensayos* (Bs. Aires, 1925); *Indagaciones e Imágenes* (Bogotá, 1922); *Crítica y Arte* (Bogotá, 1932); *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (Manizales, 1934); *Ensayos* (Bogotá, 1942), y numerosas monografías y estudios de arte y crítica literaria, y conferencias sobre los mismos temas, así como traducciones del inglés, del francés y de otros idiomas. En 1917 publicó, en las prensas de la Universidad de Oxford, su traducción del *Miguel de Cervantes Saavedra,* por Jaime Fitzmaurice-Kelly, y en 1926, en Buenos Aires, la del *Manual de la Historia de la Literatura Española,* del mismo autor. Es miembro de la Academia Colombiana y del P. E. N. Club.

(2) *Letras Colombianas* por don Baldomero Sanín Cano, de José J. Ortega Torres, S. S. de la Academia de la lengua — *Revista Javeriana,* tomo XXII, Nº 114, mayo 1945. Colombia.

(Tomado de: *Revista de América,* Bogotá, Colombia, mayo 1945).



## Mi madre se me murió tres veces

(En el *Rep. Amer.*)

En el año 1886 llegó mi padre a Costa Rica, procedente de Italia, en compañía de mi abuelo, quien ya había estado —allá por los 75— en Perú, donde lo sorprendió aquel crac financiero que arruinó miles de patrimonios y que a él le arrebató unas cuantas pesetas que había logrado reunir a fuerza de pulir piedras con sus cinceles mágicos. Después de ese desastre —contaba que había dejado su habitación en Lima empapelada con miles de billetes de uno de los Bancos quebrados— regresó a Italia, de donde llegó con mi padre a Costa Rica en agosto del 86, entrando a San José a caballo, por la vieja carretera de Carrillo.

Poco tiempo después de su llegada al país, mi padre entró a trabajar con la empresa extranjera que estaba construyendo el ferrocarril a Limón, y se domicilió en la villa de Paraíso, seguramente por su situación intermedia en los trabajos de la vía férrea y por su magnífico clima; y como "boda y mortaja del cielo bajan", un año después, en agosto del 87, contraía matrimonio con una hija de aquel pueblo; maestra de escuela de discreta belleza y de inagotable bondad.

Y pasaron los años de matrimonio: diez, veinte, treinta, treinta y nueve... once hijos y esfuerzo y abnegación de todos los días, que mi padre no nació para rico sino para honrado y altivo; y aunque era un insigne trabajador por esforzado y por competente (en sólo su especialidad dejó por los caminos de la Patria más de veinte puentes de arco) pensó siempre, antes que en los contratos ventajosos, en su idea, en su filosofía, en su doctrina: conjugó lealmente su divisa de ser ciudadano del mundo, a diferencia de tantos y tantos extranjeros que viven desentendidos de los problemas del país adonde llegan, aprovechando ese desentendimiento y esa indiferencia como patente de corso para explotar, sin complicaciones y sin compromisos, los negocios y las empresas de la nación en la cual se sitúan.

A principios del año 26 se encontró mi padre con unos cuantos reales sobrantes; y él, que aunque fundido y arraigado profundamen-

te a Costa Rica jamás había olvidado su Italia —que para él era fundamentalmente la de los generosos Garibaldi y Mazini— pensó en volver a ella: a su Piamonte, a su Biella, a su Rosazza, a su Pie di Cavallo. Volver a los cuarenta años a pisar los caminos, a ver las montañas, a sentir —más que en la epidermis en el alma— el sol de su infancia, ya tan distante, era, realmente, la cristalización de un sueño. Pero no había de emprender ese viaje solo: quería ir acompañado de la abnegada y noble mujer que fué mi madre.

Cuando me enteré de ese deseo de mi padre, pensé que mi madre iba a sentirse contenta y a decidirse al viaje desde el primer momento. Y no ocurrió así: mi madre se negaba y oponía una serie de obstáculos a las insinuaciones de mi padre. Este, un día, me pidió que lo ayudara en la tarea de convencerla. Le hablé a ella de la belleza del viaje y de la belleza incomparable de Italia; del descanso que tanto merecía ella y que tanto bien le haría a su organismo fatigado; de cuánto daría yo por poder realizarlo; del placer que su compañía le daría a mi padre.

"No me explico, me dijo —jamás podré olvidar el semblante con que en ese momento me habló— qué es lo que me sucede: sé que el viaje debe de ser muy bonito; que seguramente me sentiré muy feliz en Italia; que me será muy grato conocer a los parientes de Constantino; que este descanso le puede sentar muy bien a mi salud. Sé bien todo eso y, sin embargo, algo dentro de mí me dice que no debo ir, que no debo emprender ese viaje". Volví a mi empeño, reiterando mis argumentaciones anteriores y concluí por expresarle que debía poner oídos sordos a la voz interior que trataba de retenerla en el país. "¡Quién sabe! —agregó— pero siento claramente la impresión de que si me voy, me verán partir, pero no me verán regresar..."

No se lo dije entonces a mi madre, pero ahora confieso que yo, íntimamente, sentía idéntica impresión. No obstante, mi insistencia en que ella acompañara a mi padre se debía a esta reflexión: ¡quién le hace caso a los presentimientos: hay que ser superior a ellos y vencerlos! ¡Vencerlos! ¡Qué simple es expresarlo! Fué algún tiempo después cuando leí en Isaías Gamboa aquella frase de tan profundo desaliento: "Tener el hombre la pretensión de trazar su destino es una locura: la suerte siempre se burla de los hombres". Complaciente y gentil como era ella, mi madre fingió dejarse ganar por los razonamientos que le hacíamos, y resolvió hacer el viaje.

No pude despedirme de ellos: un compromiso de propaganda política en la Provincia de Guanacaste (la política, que a tantos beneficia o por lo menos enriquece, a mí no ha hecho más que sacrificarme, tanto en los pequeños como en los grandes detalles) compromiso que pensé cumplir en pocos días a fin de estar de regreso en San José el de su partida; me retuve más de lo que calculé, y no pude desearles pesonalmente el buen viaje a mis padres. El día en que tomaron el tren para Limón, estaba yo en un pueblecito del Cantón de Carrillo; y a las 9 de la mañana, hora de su salida, el presentimiento de mi madre de que no la veríamos regresar, se me hizo, de pronto, una realidad de angustiosa desesperación; y apartándome del grupo de personas con quienes conversaba, fuí a deshacer en llanto la pena que me ahogaba. Alcé la mano y la moví como se hace en las despedidas, buscando el rumbo que llevaba el tren... y ahora me parece que esa mañana mi mano dibujó, en su nervioso ademán, el fúnebre balanceo de una rama de ciprés sobre una tumba.

Limón; el barco, el Atlántico durante diez o doce días; el Estrecho de Gibraltar; Génova... De varios puertos donde el barco hizo escala, recibimos de mi madre las usuales tarjetas con los paisajes locales, con aquella su letra inconfundible y con aquel su tono —inconfundible también— como tímidamente cariñoso. Luego las cartas nos llegaron del punto de su arribo, del Norte de Italia. Reflejaban tanta satisfacción y tanta alegría, que parecían ir borrando la trágica huella del sombrío presentimiento. Las ciudades italianas —Turín, Milán, etc.— industriosas, refulgentes, ordenadas, jubilosas y a la vez señoriales; la campiña piamontesa que era un jardín y una troje; Biella, la Manchester de Italia; la nieve, que para ella era un espectáculo desconocido; las casas de piedra; el conocimiento de los parientes que encontraban tan atrayente y tan simpática a aquella menuda mujer que les llegaba de un ignoto país de la remota América; de todo eso, que la conmovía profundamente, nos hablaba en sus cartas.

Y así fueron pasando siete u ocho meses. Había que regresar; y el regreso se inició en los últimos días de octubre. Los brazos que se juntaron en los abrazos el día de la *partenza*, ya no volverían a estrecharse: la muerte había puesto entre ellos su manto de tinieblas. Adiós a Génova con su panteón famoso; otra vez las Columnas de Hércules y nuevamente el *plus ultra* del Atlántico en cuyas grises lejanías va borrándose la última línea de Europa seguida de los puntos suspensivos de las Islas Canarias. Siete, ocho días de navegación entretenidos en los recuerdos plácidos de la Península y en las amables perspectivas del regreso: en el muelle de Limón algunos de los hijos que aguardan; los abrazos apretados y nerviosos; la crónica la haremos en la tranquila serenidad del hogar, diría mi padre. Luego, la llegada a San José; allí los otros hijos, algunos parientes y algunos amigos; y la llegada a la casa —les habíamos hecho, en su ausencia, una casita nueva para recibirlos— y mi madre que de fijo diría, apenas estuviera bajo el techo hogareño: "Cuán bellos son los viajes por el regreso"; y todos le daríamos gracias a Dios por habernos concedido la ventura de ese venturoso instante...

Eso pensaba y pintaba nuestra ilusión, pero la realidad fué cruel. Ya frente a las costas de la América del Sur y casi a su vista, en un medio día tórridamente tropical, sin estruendos, sin ruidos, quietamente —como había sido su vida— mi madre se quedó dormida para siempre: sus bronquios, que habían padecido una asma pertinaz de muchos y largos años, se agotaron de pronto: el médico de a bordo diagnosticó asma cardíaca. Para fortuna nuestra, Curazao ya se insinuaba, y el cadáver de mi madre se salvó de ser arrojado al mar, de entre cuyas ondas traicioneras no habríamos podido rescatarlo.

A la mañana siguiente el barco ancló en un pequeño puerto holandés, y en él descendió mi pobre padre, en la desesperante desolación de su soledad— algunos amables y piadosos compañeros de viaje bajaron con él— a enterrar el cuerpo de la compañera de su corazón y de toda la vida, en un desconocido cementerio extranjero. Como sabía que habíamos de ir por sus restos para traerlos a reposar en la tierra maternal y bajo el cielo azul de Costa Rica, enterró con ellos, para identificarlos, unas monedas italianas de una lira; y, aunque mi padre no era muy dado a los versos, bien puede ser que al abandonar la huesa en aquel solitario rincón del mundo pensara con el poeta: "Dios mío, qué solos se quedan los muertos..."

Regresaba yo una tarde de Limón a San José —según nuestros cálculos, tres o cuatro días después habrían de llegar nuestros progenitores a ese puerto— y noté que me aguardaba un pariente cercano quien me saludó muy afablemente. La sola presencia de mi deudo y su saludo quizá singularmente cordial, me inquietaron. ¿Qué lo habría llevado allí? Volvimos a casa en un coche; yo iba reprimiendo en mis labios la pregunta que asomaba a ellos: ¿Qué dolorosa nueva me traes? El coche iba acercándose ya a casa y él casi no había abierto los suyos. Al final explotó: Murió tía Rosenda... después las frases que aconsejan la mentida resignación; y con manos temblorosas puso ante mis ojos el cable en que mi padre le comunicaba la cruel noticia con ruego de trasmitírnosla.

¡Qué melancólico regreso el de mi padre! Fuimos a encontrarlo a Limón y nuestro encuentro fué una escena de amargas y silenciosas lágrimas. Ya en el tren, en viaje hacia la capital, entre el río y las montañas que ensayan allí el dúo imposible de la inmovilidad y lo cambiante, el pobre viejo estalló: por aquí pasé con ella, llenos ambos de ilusiones y esperanzas, y ahora vuelvo con sólo la valija de sus ropas... y sus ojos se quedaron fijos en un horizonte que nosotros no veíamos: el del cementerio donde dejó sepultado lo mejor de su vida.

Fueron pasando los años: 26, 27, 28, 29, 30, 31... y en éste, vencidos los cinco años prescritos en la legislación de casi todos los países para el traslado de los restos humanos, mi padre volvió a Curazao. Iba a completar el ciclo espiritual de su viaje: salió de Costa Rica con mi madre y tenía que regresar con ella; y con ella regresó en una caja funeral. Los rigores del invierno habían causado graves daños en la línea férrea y con la caja en hombros tuvimos que vencer grandes derrumbes. En medio de un numeroso y cariñoso grupo de acompañantes, condujimos el ataúd a mi casa, contrariando la costumbre que hace esos traslados del convoy ferroviario o del aeropuerto, al cementerio: queríamos tenerla con nosotros la última noche, larga noche dolorosamente inolvidable.

Al siguiente día, pausada y silenciosamente, la llevamos a su tumba; y allí duerme desde entonces a la sombra de los cipreses soñolientos que son una lira en las horas crepusculares, cuando vibran las cuerdas de las arpadas lenguas de sus pájaros.

A todos, la madre se les muere una vez —¡y ya es bastante!— A mí se me murió tres veces: cuando partió hacia el extranjero, desdibujada en el presentimiento de no volver a verla; cuando recibimos la noticia de su muerte; y cuando volvieron sus restos en busca del regazo de la Patria.

Querida madre mía: feliz tú que desde hace más de un año tienes la más encantadora compañía: duerme contigo mi santa e inolvidable Carlotita, a quien tú quisiste tanto, seguramente en pago del hondo cariño suyo que fué la mayor ventura de mi vida.

*J. ALBERTAZZI AVENDAÑO.*

Guatemala y agosto del 49.

# Colaboración brasileña

(En el *Rep. Amer.*)

*"J U N G L A"*

E tao sem graca a vida, tao sem encantos a sao tao pequenos e raros os momentos que nos sao oferecidos para entasiarmo-nos ante as belezas e maravilhas da vida, que nao podem contrabalancar com os revezes, de modo que desprezamos mais a existencia do que prestar-lhe culto.

Para que encara-la? Para sentir este lutar e sofrer sem fim, este peregrinar pelo pais de amargurara e da dor, este continuo rolar de estrada em estrada, para no fim de tudo quedar-se num tumulo?

*QUIMERAS VAS*

Existe na alma humana recessos ignorados, recantos sombrios, cheios de misterios, uma jungla fantastica de seres, estranhos povoados onde nenhuma ave entoa o seau gorgeio, è sempre vasio de luz.

Se um ser, uma criatura se transviou para estes lados, trilhando perdidamente nestes inhospidos desvios, em todo canto, em toda curva, em toda parte só encontra iluzoes perdidas, quimeras vas.

No fim o terror de si mesmo lhe embarga o passo, cingelhe o peito num amplexo mortal e sente entao quanto a vida e amarga que poucas recompensas oferece pelas dores que floriram qual flores maleficas no campo da existencia.

*N A T A L*

De um brilho estranho, de invulgar
beleza, inunda-se a Judéia,
E a *Sinagoga* herética dormia,
Quando uma voz estranha pregando
una Nova *Idéia*,
Rasgando os Céus do Mundo os céticos
estremecía!...

Os campos estavam refertos de bonina
E transbordante de amor e luz o aureo
firmamento!
Tudo tinha uma beleza mágica,
diamantina,
Surgia, enfim, no mundo um
*¡Novo Ensinamento!*

¡Era Jesus!... ¡Jesus!... Jesus iluminado,
o *Profeta* benvindo de *Betelém*,
Que buscava ansioso remir o pecado,
Da incoherente humanidade, que lava a
vida inteira,
Sempre practicando o *Mal*, esquecida do
*Bem!*
—Da *Paz* serena, eterna e verdadeira!

*A V I D A*

E fantasia, é una comedia frivola onde nós, bonecos humanos dirigidos pela mao caprichosa do destino, nos agitamos.

A vida é un nevoeiro, e brumas densas e que com maguas nos tolda os caminhos que trilhamos impedidos pelos ponteiros infatigaveis do tempo, por entre um emaranhado de sinuosos espinhos que nos embolvem os pés, deficultando a nossa marcha pela estrada que o destino nos tracou e que leva ao acaso.

A vida é um desumano carrasco a executar sem piedade, transformando as mais ridentes esperancas em uma visao de um futuro turvo e o nosso intimo de alegria de um raio de sól matutino, numa sombra triste, como a tristeza das necropoles.

O nosso presente é um eterno mar de agitacao ;e somos nós como um barco nas vagas inquietas que nunca bonanca alguna amainará.

E continuamos sempre a vagar nesta corrente fatal, a conduzir dentro de nos uma limpida esperanca como farol a iluminar diafanamente o inmenso oceano da vida.

A vida é uma tempestade violenta e sinistra que nos cega com a poeseia dos desenganos; e leva-nos a tatear nesta medonha cegeira, durante toda a nossa mesquinha existencia, ate cairmos exausto no portal magestoso da eternidade.

Sonhamos um futuro para nós mas ele é quimera cultivada de sofrimentos, dores, oposicoes e revezes que as mais caras iluzoes es esperancas se desfazem no trenoso tumulo do nada, *nada*.

A vida é um sól malefico de raios fulminantes que errantes sobre nos os mais acariciados sonhos de fé e puras crencas, os desfazem em dolorosos destrocos, todos os nossos castelos de iluzoes um escombro de *ruinas*.

*Nabor Mario de FREITAS.*

Río de Janeiro, 17 febrero del 49.

---



---

# Canta mi voz, AMÉRICA

(Envía *Carolina Rodó*, desde Cali, Colombia).

Inédito, especial para *Repertorio Americano* de Costa Rica.

Cinta de voluptuosidades...
sinópsis exacto de almendros
y raíces circunscritas.

Allá México, arcano vigoroso
pletórico de leyendas y decires;
acá erguido Mar del Plata
de rutas y alcances felizmente majestuoso.

¡MADRE AMERICA!

Argentina, madurez de sones y guitarras
pamperas... Capitel del Sur,
sonatina de milongas y tangones.

Uruguay de encantadas historias...
Numen y venero de emociones
de letras y sentires...
Juana te llama, y "Amor" te nombra.

Paraguay clavado por entero
al tiempo y al espacio...
Sin partes ni mares expresadas;
sólo corazón, entre tibios regazos prisionero.

Salud Chile, bañado por entero,
tierra de costas y de mar costero,
por tu talle estirado:
Ríos de leche, burbujas y sed siento.
Es la tierra y Gabriela —cráter lento—
va dejando las voces de su acento.

Brasil extensa pauta
de frutos y colores.
Ondas de serenatas y canciones,
luces de azul bahía...
Temblor de flauta y palidez de amores.

Y es Grancolombia
que Bolivia canta...
País de risas y de olor llamado
en un raudo momento estacionado;
sin mares y sin brazos se agiganta.

A Venezuela dice la memoria
del Héroe grande que la paz inclina
como un rayo fundido por la gloria,
entre gritos de amor, pavor domina.

Perú, Lima, Callao
incaico edén, cultor de minerales
vieja raza; pregón atravesado
a flor de roca.
Ríos y manantiales
que abrevan llamas de cabezas locas.

Mi canto hacia Ecuador
fraternalmente, inspirado
en las luces sin las sombras.
Hermano que se crece sin medida
vuelca en cantos la espada que te nombra,
templada en el fragor, que amor convida.

Colombia, la de ríos y montes
y cascadas... la que tiene por sendas
horizontes...
La que bulle a mi cuna asegurada
la de frutos opimos, flores gualdas
la que tiene por senos esmeraldas,
la de pomos y orquídeas...
La cantera vaciada en el poema,
la que tiene de Venus y de Ceres
el embrujo entregado a sus mujeres.

PRELUDIO CENTROAMERICANO

Y es aquí o más allá
mi ansia pregona
candente Panamá
ritmo de zona
hermana desprendida, tus carnes son timbales
tu corazón sin vida
es caricia y razón de altos pesares.

Me entrego a Costa Rica
sultana del ensueño,
de corazón paloma, de amor y paz tu dueño

te guarda niña hermosa tan buena y candorosa
como caricia leve de algún volcán de nieve
con cráteres de rosa.

Cordilleras y lagos
y el monte que mana agua
y el Cosigüina altivo
que anuncia Nicaragua.
Tu historia es tan sincera
como el azul que impera
sobre tus sienes níveas.

Y El Salvador potente
de brazos desprendidos
bañados por torrentes del Lempa desmedido.
El mar callado pasa, tus costas empujadas
como decirnos mucho para callarnos nada.

Mi canto se hace Honduras
país de tierras blandas
que anuncia a las alturas
gaviotas desbandadas.
Alcanzo buena orilla, maderas liquidámbar
y olores de vainilla.

Remando gondolero
a Cuba, dirección que obligaré primero.
Islera consentida, país de azúcar miel
prensada de emoción,
las rumbas y boleros
se adentran al bajel.

Acaso Guatemala no escucha este cantar?
Belleza en sus mujeres,
canción de amor y azahar.
De fondo hecho paisajes, caricias y placeres,
de músicas el ala
y el cuerpo de celajes en el altivo mar.

Canta México altivo
canta... canta
y hace sones y arpegios mi garganta
canta quedo... muy quedo
pero mucho, que acá
el laúd, el arpa y la marimba
dejan oír de vértices la vida
y este cantar de *América querida*.

*Alfonso del ALBA.*

Cali-Colombia.

## PRESENTIMIENTO

Apenas te he encontrado, vida mía,
como tesoro oculto en la espesura,
y cual rayo de luz en mi alegría
disipaste al instante mi amargura.

No podía haber jamás tamaña dicha,
y el destino, celoso y traicionero,
amenaza llevarme a la desdicha
y alejarte de mí, ¡que ya te quiero!

Hay vestigios de nubes de tormenta
en el cielo que estuvo limpio... claro.
¡Ay, tormenta que vienes tan violenta!,
permíteme llegar cual barco al faro.

Como faro de luz en mi agonía,
como rayo de amor, yo te he encontrado
y aun sin conocerte, ¡te quería!
No te alejes ya más, mi bien amado.

*Eneida MANCILLA.*

Irapuato, Guanajuato, Méjico.

## MI COLABORACION

*Van dos cosas: Esos cuartetos de una niña apenas (17 años), Eneida Mancilla, en que se escuchan, trasunto de voces lejanas, ¿acaso de Sor Juana Inés de la Cruz, escapada, por unos ratos y dentro del "mundanal ruido", de su celda en el Convento de San Jerónimo?*

*También se acompaña esa tradición de la cual hace transcripción Juan José Prado. Pretendo, con su publicación en* Repertorio Americano, *ver si con la campanada se suscita la probanza de una tesis: la leyenda o tradición, en América, es, con determinados motivos, la misma en todas las latitudes, vestida, desde luego, con trajes variados y escenificada según el lugar en que se la sitúa. Conocí una tradición, en esa tierra, con igual tema, el caballero que desaladamente tira de la oreja a Jorge; ese asunto es tema humano y eterno, y tienta como el demonio. Raro es que esa afición demoníaca no se la vea en el rol de los pecados capitales.*

*Samuel ARGUEDAS,*

México, D. F.

# La calle del truco

Cuando la Corona de España usufructuaba los dominios que le dieran el valor y la espada del conquistador don Hernán Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca, la Valenciana inundaba el Continente con sus preciosos minerales.

Las dos terceras partes de la plata circulante en la vieja Europa eran producto de las explotaciones mineras de Guanajuato.

Y aquí, viejos señores y caballeros dilapidadores hacían gala y ostentación de sus regalías, derrochando a manos llenas cuantiosas fortunas, en sus residencias palaciegas y en su vida disipada de juergas escandalosas y en las temporadas de juego, temporadas que, atento al auge de la región, se continuaban de un año a otro.

Aquel caballero fué famoso por su prodigalidad. Su nombre poco importa, pues bien puede ser reclamado con envidia por cualquier otro farolón de la época.

En la *Calle del truco* sientan sus reales jugadores profesionales. El nombre de la calle lo recuerda: juegos de truco, trampa de suerte.

Pero...

El alguacil acaba de pasar. Va jardín abajo cantando su letanía: "Las doce y sereno..."

Una sombra se desliza presurosamente. Se santigua frente a la Parroquia y se pierde entre la oscuridad de la *Calle del truco*. Una capa emboza su cuerpo y descubre tan sólo su sombrero de ancha pluma y parte del rostro que deja ver dos chispas que le brillan en el rostro envejecido.

Se ha detenido ante una puerta claveteada toscamente. Uno, dos, tres golpes.

Rechina la puerta y asoma una cara iluminada por un farol. Exige la contraseña.

"Más dinero para el diablo".

La entrada está franca. El caballero penetra y alcanza a percibir los murmullos de los jugadores de adentro.

—Don Fernando, extrañábamos vuestra ausencia.

—Decid mejor que extrañábais mi dinero.

Don Fernando ocupa su habitual lugar. El torvo dueño examina los semblantes y las bolsas de oro se amontonan en la mesa. La bolsa de don Fernando es la más grande.

—Traed la baraja, ¡pronto!

Se inicia la sesión. Poco a poco el dueño va derrotando a los jugadores. Sólo queda don Fernando, rodeado de un círculo de admiración. Por el momento se juega poco: mil ducados, tres mil maravedís.

Esa cortedad exaspera a don Fernando. Las apuestas crecen más.

—Va mi talega entera.

—Va.

Pero la carta a la que apostó don Fernando tardó en salir más que la del dueño.

—Van mis haciendas.

—Van.

¡Negra suerte trae ahora don Fernando! Ha perdido sus haciendas.

—Va mi finca de la calle de Alonso.

—Va la de la Plaza Mayor.

—Va la de Sopeña.

Y todas quedaron en poder de su adversario.

Don Fernando ha perdido todo. No le queda más que... nada; no le queda nada.

Pero el rostro del dueño de la casa sonríe.

—Aún tenéis otra cosa que apostar, don Fernando.. .

—¿Otra cosa decís? ¿Qué es?

Grave será el secreto, pues el dueño musita unas palabras al oído de don Fernando. Y tan grave parece, que don Fernando ha cambiado de color; copioso rocío llena su frente. Luego exclama:

—¡No, por Dios!

—Resolveos. Apostadla contra las haciendas que os he ganado.

Es tentadora la oferta y don Fernando se decide.

—Va.

En un albur la jugará.

Don Fernando espera otra vez en vano, y el dueño es nuevamente el ganancioso.

¿Qué jugó don Fernando?

—Voto a tal, que tenéis pacto con el demonio.

Pero don Fernando es hombre de palabra, a lo menos lo vuelve a decir ahora, y urge al dueño a que lo acompañe a cobrar la apuesta.

Ya amanece cuando salen, seguidos de un cúmulo de curiosos.

¿Qué apostaría don Fernando?

Clarea y llegan a la casa. Aun su bella esposa lo aguarda en pie.

—Tomadla, es vuestra.

Un sordo rumor de los curiosos corea sus palabras.

Y como una sola explicación, apenas murmura:

—Os aposté y he perdido.

¡Gran Dios, la dama grita y se desplomo pesadamente a los pies del esposo, muerta, como fulminada por un rayo.

*

¿Qué se hizo aquel caballero que años antes atraía la atención no sólo de Guanajuato, sino de la Nueva España, por su descomunal fortuna y por sus nunca igualadas orgías? Tal vez lo pueda contestar un monje enclaustrado que consume su vida en la humedad de la celda, modelo de penitentes, que repasa silencioso todo el día las gruesas cuentas de su rosario.

*Juan José PRIETO.*

Guanajuato.

# Esta ilusión estéril

(En el *Rep. Amer.*)

Esta ilusión estéril, fría, sin astros...

Si no fuera que a veces parece una mujer
que me sigue los pasos,
yo estaría casi loco, sin amor,
con alma; sí, pero de árbol.

Ella es en mí lo mismo:
Golondrina, murciélago, cúpulas, relámpago,
sirena, sexo, alegoría,
casi un soplo de Dios sobre este barro.

Si no fuera que a veces el cielo se le cae,
nunca tendrían sus ansias espíritu de canto.

Si no fuera que a veces la música es del hombre,
estarían sus campanas casi mudas de espanto.

*

Con esta vida así, no puedo, ¡no!,
y la recuerdo:
mujer al fin y al cabo;
¿y yo?, un hombre, nada más.
Sí, un hombre como tantos.

*

Pero a mí me dijeron que existía entre los dos
algo más que lo humano.

Que el es, el ser y el soy,
eran poco, nada más por amarnos;
que el dueño de la esencia tenía su joyería,
donde creó la hermosura, la substancia y los astros,
y al darnos corazón —como quien dice alas—
nos legó los espacios.

Entonces nos creímos dueños de las estrellas,
del metal, de la rosa, de los arcos y el pájaro.

Conocimos la muerte; convivimos el viento,
los truenos y el ocaso.

Si éramos su imagen, su misma semejanza,
¡teníamos que ser grandes para poder amarlo!

De allí que hasta pensamos vivir con los perfumes
y bajarnos al fruto que colgara el verano;
pero había mucha sangre, poco amor,
ningún santo,
muy pocas amapolas
y envidias en las ramas de todos los granados;
pasiones y mentiras y odios; algunas nubes
se amaban ¡por Dios! en los barrancos.

*

Hoy presencio la noche,
de la noche la luna, de la luna la luz,
y de la luz... mi cuarto.

¡Y me río de los cielos y me río de todo!;
(y me encomiendo a Dios, porque además, lo amo),
y le pido hermosura para esta ilusión mía
que se muere en mis manos.

*Jesús ARELLANO.*

México, 19 octubre 1949.

# Esto les cuento:

(En el *Rep. Amer.*)

## VIENTOS DE VERANO!

Mi rancho está situado en un alto tan ventoso, que las gentes me decían: ¡el viento se lo llevará!

Lo construí especialmente y principié a sembrar "tapa vientos", que, un año después, constituyen buena defensa.

El vendaval ronca, chilla, ruge, lanza alaridos o silba... a ratos parece orquesta de gigantes; otras, corriente impetuosa! Y eso ¡día y noche sin cesar! Pasa sobre mi rancho porque el "tapa vientos" lo hizo elevarse; ¡pero no pudo detenerlo!

No tengo por suerte la insensatez del tiempo y "no hice el vano intento de querer detener el viento".

Y escuchando, en las noches ese ruido intenso, he pensado:

¿No son las ideas más veloces y tenues que el viento?

¿No es locura, o ingenuidad pretender detenerlas con vallas?

Y pienso que, como aquel, saltará todo obstáculo y su marcha, cantando victoria, seguirá en lo alto! Y a veces parece que lanza carcajadas!

*

## ESTO QUE ME HABLA...

Sí, puedo ser perverso; puedo engañar a todos; puedo, como los cerdos hacen en las aguas, encharcar vidas ajenas; usar el don divino de la palabra para herir, para envenenar, para difamar y así, en vez de una lengua humana poseeré dos... viperinas!

Mas... allá en la soledad, en el silencio de la noche, en la tranquila quietud del reposo... una vocecita me hablará con energía y me dirá cómo es de mala y sucia y dañina mi vida! Es mi conciencia!

*

Puedo engañarlos a todos, aun al sacerdote incauto, pero a mi conciençia no.

Y al final, como he ido sembrando abrojos, sentiré en mis plantas el dolor de las espinas y en el alma, la maldición de mis víctimas!

*

## ¡CUIDADO!

Era una catarata majestuosa; estaba ensimismado en su belleza, al borde del abismo y, de pronto... una fuerza extraña me hacía inclinarme, cada vez más... casi ya caía cuando un compañero me dió un tirón.

Eso me salvó.

La atracción de las profundidades es tan poderosa que pareciera, o que hay algo que nos empuja, o que tal fuerza magnética nos absorbe.

Estamos frecuentemente al borde de esos abismos, nos marea algo, perdemos el concepto de la realidad y... si no poseemos una personalidad definida y firme... caemos!

Lo mismo en lo material que en lo espiritual.

Ahora, en estos momentos, la Humanidad está tan cerca del abismo, sin nadie que pueda salvarla... ¡que parece segura su caída, una caída más!

*Juan J. CARAZO.*

Costa Rica, año de 1949.

# Atando cabos

(Recogidos en *El País* de Montevideo).

## *EL CINCUENTENARIO DE ARIEL*

Va a celebrarse el cincuentenario de la aparición de *Ariel*. La fecha se cumplirá en febrero del año que viene y será conmemorada con la realización de un concurso de ensayos sobre la obra de Rodó.

La bibliografía sobre Rodó y su obra y, particularmente, sobre *Ariel*, es valiosa y vasta. No diremos que exhaustiva, ya que no pueden ser exhaustivos el estudio, la enseñanza, o simplemente el goce de un autor clásico, de una obra clásica, si, como según se ha definido, una obra clásica es una obra siempre moderna. Hay, según dicha definición, una evolución permanente. Pero quede a otros el esclarecer si lo que evoluciona es la obra, o si lo que ocurre es que ésta aporta un material esencial, y por ello imperecedero, a la cambiante sensibilidad de las sucesivas generaciones de lectores.

La nueva contribución a la bibliografía de *Ariel*, incitada por el concurso del cincuentenario, no ha de ser, pues, redundante. De todos modos no está ni podía estar en nuestro propósitos el internarnos en un arduo problema de crítica.

Nuestro comentario está dictado, simplemente, por la aprobación que nos merece la iniciativa misma de conmemorar la aparición de un libro, cualquiera sea la forma que haya de cobrar esa celebración, y aún con abstracción de la oportunidad excepcional y de las dimensiones excepcionales, de las de este caso concreto. ¿Por qué habrían de excluirse tales acontecimientos de los fastos nacionales? En la formación de la nacionalidad —ya se ha señalado— el aporte de artistas, pensadores, literatos, no tiene menos significación que el episodio guerrero, político, económico. Su valoración exige, sí, la perspectiva del tiempo, exigencia que lejos de atenuarla, da la medida de su vigor.

No todo ha de ser registros estadísticos. Deberíamos "sistematizar" también, por decir así, la revisión de los valores que en las zonas del pensamiento y del arte han ido formando la historia de nuestra cultura, tratando de que "el pensamiento vivo" de sus obras actúe sobre la colectividad como el aglutinante más noble de los diversos elementos que constituyen la nación.

(Julio 27 de 1949)

## *ESTADO DE SITIO*

A pocas semanas de un cambio de gobierno en el Paraguay, que fué el tercero o cuarto en pocos meses, se ha decretado en ese país el estado de sitio.

Esa institución del estado de sitio o las medidas extraordinarias, tienen muy tristes antecedentes en América.

Cada vez que un gobernante de nuestro continente, con veleidades de hombre providencial o impulsos de mandón, ha querido sobreponerse a la voluntad popular o al orden institucional, ha comenzado por recurrir al estado de sitio.

Tan lamentable regla general, puede tener sus honradas excepciones.

Por lo demás, la institución mencionada figura en todas las constituciones, fundada en que la vida normal de un país puede verse amenazada de alteración por hechos diversos que impongan la necesidad de adoptar medidas de emergencia adecuadas para afrontar el peligro o restablecer la normalidad.

Se trata, desde luego, de casos extremos, frente a los cuales los recursos ordinarios de un gobierno resulten clara y manifiestamente insuficientes. Y no es a esta doctrina a la que se ha observado fidelidad en tierras americanas.

En el caso que motiva nuestro comentario, se afirma que, mediante el estado de sitio se busca "terminar con la anarquía política de grupos antidemocráticos".

La explicación no resulta convincente y, por lo tanto, mueve a la desconfianza.

Es que la inestabilidad que ha caracterizado la historia reciente del Paraguay y los excesos antidemocráticos de varios de sus últimos gobernantes, hacen temer que, detrás del estado de sitio, se esté gestando otra etapa de ilegalidad e intransigencia dictatorial.

(Octubre 6 de 1949)

## *"MI PAIS, TENGA O NO RAZON"*

Un delegado francés a la Conferencia de Organización de la Federación Europea que tiene lugar en Estrasburgo, Mr. Teitgen, reclamó, junto con un colega inglés, un acuerdo internacional para proteger los derechos humanos fundamentales. Y propuso que sea declarado ilegal el lema: "Mi país, tenga o no razón".

En verdad que por mucho que haya sido repetido el raciocinio, adquiere originalidad, en virtud de su claridad y concisión, esta definición de Mr. Teitgen. Ese lema que figuraba en las puertas del Campo de Concentración de Buchenwald, es el que, más o menos disimuladamente, ostentan en su frontispicio todos los regímenes que aspiran a proseguir en sus arbitrariedades y prepotencias, amparados por conceptos tan hipócritas como el de la soberanía intocable y su derivado el principio de no intervención oponiéndose a cualquier acción internacional en defensa de la democracia y de los derechos del hombre.

Estamos dentro de nuestro país, arguyen, y porque estamos, y porque ejercemos en él el mando, podemos hacer todo lo que nos place, proseguir, desterrar, encarcelar, torturar, suprimir cualquier expresión de pensamiento, de prensa o de cátedra libre.

Y reclaman de sus súbditos —ya no se les puede llamar conciudadanos— acatamiento y obsecuencia, en virtud del lema de Buchenwald: "Mi país, tenga razón o no", especialmente porque saben que no tienen razón, ni son justos, ni respetan derechos elementales inseparables de una vida decorosa.



Es en esa forma que se ha logrado paralizar el esfuerzo hacia una América libre y solidaria. Es con tales argumentos que han logrado engañar en conferencias y congresos, dando lugar al lamentable retroceso que comprobamos. Retroceso tanto más desesperante, cuanto que se produce en el momento en el cual la vieja Europa demuestra "haber aprendido", mientras la joven América descubre su incapacidad para vivir una vida libre y digna.

(Agosto 21 de 1949)

## *PAISES Y GOBIERNOS*

Se ha entendido generalmente que las naciones viven su vida y desarrollan su destino con el concurso de sus gobiernos, o a pesar de ellos. La influencia que éstos ejercen sobre ese destino es escasa. A medida que se van sucediendo, se observa cómo la evolución histórica ha proseguido sin desmedro, resultando más aparentes que reales los virajes que el acierto o el desacierto de sus dirigentes les imprimieron en su momento.

Esta verdad, comprobada a través de los siglos, va reduciéndose a medida que los regímenes se tornan más y más absorbentes. Porque incluso en el país de más clásica tradición liberal, ese mismo destino necesario va poniendo más y más competencias, más y más atribuciones en manos de los gobernantes.

Con todo, sería éste un proceso muy lento, si otros factores no lo acentuaran. Casos existen en que la influencia de un gobierno parece adquirir contornos definitivos en el porvenir de un país. Tenemos, cerca nuestro, una experiencia impresionante.

En el año 1946 se estableció en una Argentina poderosa un régimen dotado de un totalitario espíritu de absorción. Aquella riqueza, aquella prosperidad que recibía le pareció indignamente explotada, y anunció que bajo su férula saldría de allí un emporio de civilización y riqueza que tornaría despreciable todo lo anterior.

Y bien. En tres años, efectivamente, ese país ha sido cambiado. De país rico ha pasado a país pobre. Los recursos desesperados a que se le ve acudir comprueban cómo se ha tirado al mar todo aquello, en un vértigo de derroche. La desaparición del patrón oro, el abandono del plan quinquenal, los juegos malabares con una moneda en plena desvalorización, la fuga de los directores de las finanzas, la desesperación por atraer capital extranjero que antes fuera declarado como el signo típico del coloniaje, la serie de negociados que se han ido comprobando, exhiben el más asombroso cambio que haya podido operarse en un país en el brevísimo término de tres años.

Cuesta imaginar la suma de incompetencia, de deshonestidad, de ligereza, de espíritu de acaparamiento que ha debido reunirse para realizar, a la inversa, ese anunciado "prodigio".

Pero debe servirnos de experiencia para comprender la influencia enorme que van adquiriendo los gobiernos en los destinos de sus pueblos. Y, por lo mismo, la mayor responsabilidad que va cabiendo a aquéllos y el sumo cuidado que ha de ponerse al elegir hombres y adoptar decisiones. Algunos fracasos recientes —Soyp, Colonización, U.T.E., etc.— ponen de manifiesto las consecuencias de actuar bajo la presión de intereses inferiores o de planes electorales.

(Octubre 8 de 1949).

# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

EDITOR
Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario
sobre Nueva York


## Noticia de libros

*Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.*

LA EDITORIAL *LOSADA* OFRECE A SUS NUMEROSOS LECTORES ESTOS LIBROS:

En la Biblioteca Contemporánea:

*Ideas y Figuras.* Por Francisco Romero.

Los títulos del Indice: Otto Weineger. Don Quijote y Fichte. Un humanista de nuestro tiempo. Jerusalem-Werther, aprendiz de filósofo. Nota sobre Harald Hoffding. Las etapas de la filosofía moderna. La filosofía moderna, diálogo europeo. Las ideas de Rivadavia. Reflexiones sobre la libertad política. Un experimento universitario.

(Obsequio del autor, muy afectuoso).

*El Señor Presidente.* Por Miguel Angel Asturias.

La novela dramática de la tiranía en América. Dice Gabriela Mistral: "Esta misteriosa Guatemala del indio puro y además intacto, trae a nuestra hipocresía (llamada por algunos *patriotismo*), esta obra fenomenal que no va a *pasar;* es una cura, una purga, un menester casi penitencial".

(Obsequio del autor, muy afectuoso).

*Juventud, egolatría.* Por Pío Baroja.

*Al margen de los clásicos.* Por Azorín.

*El sentimiento de la vida cósmica.* Por Mariano Ibérico, profesor, filósofo y hombre de letras peruano.

Un ensayo en dos partes: *La forma del sentimiento de la Naturaleza* y *El sentimiento del ritmo cósmico.*

Angel Ossorio: *Mujeres* (Libro que no deben leer las mujeres).

(Algunas de las mujeres tratadas por don Angel durante su larga práctica de abogado).

*

En la fundamental Biblioteca Filosófica, publicada bajo la dirección de Francisco Romero:

Walter Blumenfield: *Sentido y Sinsentido.* Traducción del alemán revisada por el Dr. César Góngora Perea.

El problema filosófico del sinsentido, complementario del clásico problema del sentido, es tratado aquí a fondo por vez primera, mediante exhaustivos análisis.

Octave Hamelin: *El sistema de Descartes.* Traducción directa de Amalia Haydée Raggio.

Un libro famoso e insuperado. Completa exposición y crítica de la filosofía cartesiana.

Francisco Bacon: *Novum Organum.* Traducción directa del latín por Clemente Hernando Balmori.

Uno de los mayores clásicos de la filosofía. Traducción directa del latín. Edición crítica a cargo de dos eminentes especialistas.

Alfred North Whitehead: *La Ciencia y el mundo moderno.* Traducción directa de Marina Ruiz-Lago y J. Rovira Armengol.

El mayor metafísico de nuestra época ofrece en este libro una nueva y genial concepción de la experiencia científica.

*

En la Biblioteca Conocimiento:

Ivan Ray Tannehill: *Los climas en la tierra y en el mar.* Traducción directa por J. Gómez Paz y T. Efron.

Con grabados. Detalla las variantes del tiempo en 185 países tomados como clave; describe las rutas oceánicas típicas, los vientos, las nubes, las olas, las trombas y las tormentas.

*

En las publicaciones de la *Revista de Pedagogía* que dirige Lorenzo Luzuriaga:

José Mallart: *La Escuela del Trabajo.*

En esta obra se exponen los principios, métodos y realizaciones de esta particular modalidad de la Escuela Activa: la llamada "escuela del trabajo", basada en los intereses espontáneos del niño.

*

En la Biblioteca del Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social:

Savigni, Kirchmann, Zitelmann, Kantorowicz: *La Ciencia del Derecho.*

En la colección Prosistas de España y América:

*

Jorge Luis Borges: *El Aleph.*

14 piezas; doce del género fantástico. Borges, escritor complicado, de muchas y curiosas lecturas y reflexiones originales. Estilo propio.

(Obsequio del autor, atención que nos da gusto y honra).

*

En la serie Gran Teatro del Mundo:

*Teatro* de Albert Camus. Traductores: Guillermo de Torres y Aurora Bernárdez.

De la filosofía del absurdo, en *El Malentendido y Calígula,* a la moral de la felicidad en *El estado de sitio.*

Tres extraordinarias creaciones dramáticas de Albert Camus.



*

En la magnífica colección Poetas de España y América, dirigida por Amado Alonso y Guillermo de Torre:

César Vallejo: *Poesías completas.* 1918-1939. Recopilación y Prólogo de César Miró.

Fryda Schultz de Mantovani: *Canto ciego.*

En 5 secciones: Los árboles y el misterio. La voz petrificada. Del navegante. Hacia el amor huída. El cielo y la leyenda.

(Obsequio de la autora, tan cordial. Muchas gracias).

Rafael Alberti: *A la Pintura.* Poema del color y la línea (1945-1948).

Son 45 motivos sugestivos: Giotto. A la retina. Piero della Francesca. A la mano. Botticelli. A la paleta. Leonardo. Azul. Miguel Angel. A la pintura mural. Rafael. Al lienzo. Tiziano. Rojo. Tintoretto. Al pincel. Veronés. A la línea. El Bosco. A la pespectiva. Durero. Amarillo. Rubens. Al claroscuro. Rembrandt. A la composición. Poussin. Verde. Pedro Berrughete. Al color. El Greco. Al ropaje. Zurbarán. A la luz. Velázquez. A la sombra. Valdés Leal. Negro. Goya. Al movimiento. Delacroix. Al desnudo. Cezanne. A la gracia. Renoir Blanco. Van Gogh. A la acuarela. Gutiérrez Solana. A la divina proporción. Picasso.

Las ilustraciones, preciosas.

(El estimado autor nos ha honrado con el obsequio de un ejemplar. Gracias).